

ARBOLEDA POMBO, JULIO (1817-1862)

GONZALO DE OYÓN

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

PRELUDIO

CUADRO I. Pubenza
CUADRO II. La Nueva Patria
CUADRO III. El Traidor
CUADRO IV. El Pirata.
CUADRO V. El Mapa
CUADRO VI. El Juramento
CUADRO VII . El Ermitaño
CUADRO VIII. La Carta
CUADRO IX. El Caballo
CUADRO X. La Visión
CUADRO XI. La Oración
CUADRO XII. Espada a Espada
CUADRO XIII. La Disputa
CUADRO XIV. El Espectro

PRELUDIO

Voy recorriendo pensativo y mudo,
Con paso lento, la esmaltada falda
Por do el Cauca, entre ribas de esmeralda,
Palpita su rápido caudal.
De lo pasado en el abierto libro
Mis ojos por las páginas errantes
Leyendo van de los que fueron antes
La virtud; el delito, el bien, el mal;

Y los siglos, que ruedan envolviendo
Hechos y nombres en común ruina,
Cuya planta pesada peregrina
Dejando en pos olvido y destrucción;
Los siglos se presentan apiñados,

Leve punto en el tiempo do se hundieron,
Y donde, en su naufragio, confundieron
Nombres, timbres, historia, y gloria y tradición.

¿Dónde están ¡ay! los ínclitos varones
Que cansaron la fama, á cuyos hechos
Los limites de un siglo eran estrechos,
Que, abrumado, á su peso se rindió?
El más feliz al tiempo lanzó un nombre,
¡Un nombre! ¡una palabra sin sentido,
Esparto leve al huracán cedido!
¡Ligero corcho que á la mar cayó!

Mas á tu voz, ¡oh patria! cuyos ecos
Repite el corazón, la débil mano
Extiendo (y por ventura extiendo en vano)
Y tras un nombre me verán correr.
¡Esfuerzo inútil, desigual combate
De endeble enano con gigante atleta!
Mas ¡ay! ¡sucumba el mísero poeta,
Y pueda el nombre vida merecer!

¡Ven, pues, memoria, ven ! Tú eres tormento
Del desgraciado á quien tu peso oprime; 1
A tu lúgubre aspecto, el hombre gime
Viendo surgir el olvidado mal.
Eres, memoria, espejo donde arde
El sol de la desdicha concentrado;
¡En un foco, en un rayo, lo pasado
Reflejas sobre el tímido mortal!

¡Ven, oh memoria, ven! La patria mía
Es semejante á su infeliz poeta
La desgracia también, con mano inquieta,
Meció su cuna, marchitó su sien;
Y hoy la insigne ciudad que yace sola,
Camello abandonado en el desierto,
Sigue abatida su destino incierto,
Cual, en su última edad, Jerusalén.

Desterrados sus hijos, sus laureles
Secos, y uno por uno deshojados;
Crujen sus torreones encumbrados,
Tristes sus lindas vírgenes están;
Y combatido de las recias olas
Que la barbarie por do quier subleva,

Su glorioso estandarte, en vano prueba
El soplo á resistir del huracán.

Y allí mis hijos, de la madre en torno,
Lloran sin quién á consolarlos vaya,
Vuelta la vista á la remota playa
A do el común tirano me arrojó;
Y allí mi madre su viudez arrastra,
Y el flujo mira, sin apoyo, sola,
La náufraga infeliz, que á cada ola
Siente irse el bajo donde el pie afirmó.

¡Payán! ¡Payán! en tus anales veo
Siempre la flor guardada por espinas;
Al roce de sus hojas purpurinas
Punzante abrojo con mi mano da.
Si las dispersas, mutiladas hojas
Tímido exhibo sin color ni vida,
Es que mi mano, ¡oh patria! dolorida,
Es que mi mano sin vigor está...

¡Mas ven, memoria! y atrevida arranca
De las hojas del libro del olvido
Una desgracia más. Prestad oído
A mi canción, vosotros que lloráis...
Pero no; no me es dado las desgracias
De Gonzalo cantar, porque la lira
Mejor no pulsa quien mejor suspira;
Mas lloraré si al llanto acompañáis.

CUADRO PRIMERO

PUBENZA

El héroe ibero con prudente tino
Lo que al valor debió, guardar sabia;
De Payán el imperio obedecía
A Benalcázar, lidiador tenaz;
Y las tribus de bárbaros errantes,
En torno unidas de la cruz izada,
La cara independencia abandonada
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria
Del cacicazgo; el hijo generoso
Entre suplicio bárbaro, espantoso,
Rindió la vida á su Criador también;
Y no quedada de la clara estirpe,
Para baldón de un héroe y su vergüenza,
Sino la hermosa, angelical Pubenza,
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y a la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
Que de la fuente límpida al murmullo,
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable amor;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la nube empaña
Su naciente purísimo esplendor;
Majestuosa cual palma que se eleva,
Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban
El dolor y la negra pesadumbre,
Y de sus ojos la apacible lumbre
Empañaba una lágrima fugaz;
Y la vida arrastraba silenciosa
Devorando su mísero tormento,
Porque al alma gentil ¡ay! ni un momento
Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí a Pubenza; en ella el alma, todo

Respira amor, pureza y hermosura;
El hechizo en sus ojos, la dulzura
Vaga sobre sus labios de clavel;
Juega el blando placer modestamente
Con las esbeltas formas de la indiana;
India en amar, en resistir cristiana,
Era en su pecho la virtud dosel.

¡Malhadada belleza! ¡malhadada
Aun la heroica virtud de la princesa!
Nada han valido, que sobre ella pesa
El yugo de despótico señor.
Padre tuvo Pubenza, y no le tiene;
Hermano tuvo, mas también ha muerto;
Y el mundo para ella es un desierto,
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores
Paz y felicidad le prometieron;
Pero esos tiempos rápidos huyeron;
¡Huyeron, sí, no volverán jamás!
Huyeron, cual la nube del desierto
Al ígneo soplo de huracán airado;
Y quedóle el recuerdo del pasado,
¡Ay! ¡tan sólo el recuerdo, y nada más!

Entre las huestes que la madre España
Desbordó sobre un mundo de relente;
Vino Gonzalo, el joven, el valiente,
De amor y gloria espléndido adalid.
Clara es su raza en bélicas hazañas,
Que en esos tiempos la virtud guerrera
Temprana herencia de los hijos era
Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,
Desnudo aún de la flotante pluma,
Precipita de lo alto hasta la espuma,
Que hierve abajo en el bramante mar;
O cual león que por la selva ruge
Con el cachorro al lado, y se embelesa
Viéndole abalanzar sobre la presa
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,
Que aspira, entre perfumes y mujeres,

El aire enervador de los placeres,
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón
Una piedra la almohada del guerrero,
La tierra era su lecho suntuoso;
Su alma en la gloria hallaba su reposo,
Y su brazo en las armas, diversión.

Ya don Gaspar, el padre de Gonzalo,
Dejó do quier los rastros de su gloria,
Sin que un recuerdo diese á su memoria
De la Historia veraz la gratitud;
Y á su lado también lidió valiente,
Alvar de Oyón, del buen Gonzalo hermano,
Que fue después, y se llamó el Tirano,
Porque al crimen pidió reino y salud.

Viendo á su padre entre cadenas preso,
Álvar del mundo injusto separóse,
Pero su pecho de venganza hinchóse
Contra España, sus leyes y su rey.
Júzganle muerto, y solitario estáse,
Víctimas señalando á su alto enojo,
Cual de águila real certero el ojo
Su presa elige entre la incauta grey.

Y el buen Gonzalo, huérfano, inocente,
No halla, en el mundo nuevo Americano,
Sino el vago rumor de que el hermano
Yace en la tumba al par del genitor.
Álvaro en tanto, cual taimada fiera
Que escapó de reciente cautiverio,
Desde el triste cubil mira el imperio
Como premio futuro á su valor.

Sigue Gonzalo la paterna huella;
Lidia de honor sediento, y por do quiera
El entusiasmo de la hueste ibera
Le captan su prudencia y su virtud.
De Pasto por las bélicas legiones
Es debelado el escuadrón hispano;
Gonzalo acorre, anima al castellano,
Vuelve, y vence á la ufana multitud.

La capital del Payanés imperio
Mirase á fuego y sangre acometida;
Cede la turba bárbara vencida,

Cede el Cacique á la imperiosa ley
Del vencedor sacrílego la espada
Ya á mancharse en la sangre del anciano,
Pero Gonzalo la alevosa mano
Castiga, y salva de Payán al rey.

En la cruda campaña, cuando el fuerte
Valor desmaya y la constancia falta;
Cuando el sueño los párpados asalta,
Y sucumbe la hambrienta desnudez;
Cuando el corto escuadrón tiembla, sitiado,
De estéril roca en la tostada cima,
Gonzalo vela, calla; y si habla, anima,
Ora modesto, intrépido á su vez.

Bozo süave le esmaltaba apenas,
Cual leve sombra, el labio delicado,
Y en el rostro infantil ya era el soldado,
El consejero, el héroe, el capitán;
Ídolo de las huestes vencedoras,
Amparo al infeliz americano,
Éste la vida débele á su mano,
A ésas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que marcha
Sus páginas la historia de la tierra,
Máquinas de exterminio, que la guerra
Brotó y el mundo adora en la abyección,
Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,
La frente alzaba cándida y serena,
De deber y de honor el alma llena,
De piedad y de amor el corazón...

¡Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos
Por dar alivio á los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
Única fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino
¡Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!

Cual su aroma á la flor, así á Gonzalo
Sigue Manuel, cuya agitada vida
Está con la del héroe confundida,
Y con él sufre, y gózase con él

Amigos en la infancia se abrazaron,
La gloria y los trabajos los unieron,
Y jamás los peligros sorprendieron
Al buen Gonzalo lejos de Manuel.

A la voz del honor atentos ambos,
Éste de aquél admira el heroísmo,
Y casi tiene celos de sí mismo
Sí logra en la virtud sobresalir
Se atribuyen su gloria; sus hazañas
Están, como sus nombres, enlazadas,
Y las dos existencias separadas
No puede el pensamiento concebir.

Del Payanés imperio era heredero
Payán, hijo del rey: su estirpe clara
Cualquiera fácilmente adivinara
De su rostro en la augusta majestad;
Mas al regio donaire del guerrero,
Al valor, y á la atlética estatura
Une una alma gentil, cándida y pura,
Inagotable fuente de piedad.

Le ama Gonzalo; y él, agradecido,
Da por afecto, afecto más ardiente
Le ama Manuel; y el príncipe valiente
Paga amor con amor, con fe la fe
Los tres unidos por los dulces lazos
De la amistad, el siervo americano
Ve como hermano al vencedor hispano,
Y éste á su hermano en el vencido ve.

Digno es de dicha el ínclito Gonzalo,
Digno de que la suerte le bendiga...
Mas ¡ay! no; ¡que la suerte es enemiga
Del genio, de la gloria y la virtud!
¡La suerte agosta con su soplo ardiente
En nuestros pechos la mejor semilla,
Porque la suerte próspera no brilla
Jamás sobre la incauta juventud!

Gonzalo vio á Pubenza, y en sus ojos
Buscó amor, halló amor: el rey anciano
Bendijo al par, y el héroe castellano
Cifró su dicha en la alma bendición
Y bajo un techo el par feliz vivía,

Amándole ella candorosa y pura,
Él bebiendo la vida en su hermosura;

Los dos un ser, una alma, un corazón.
¿Quién al doncel heroico predijera
De su inocente amor la desventura,
Al contemplar vencida á la hermosura
Sobre su pecho reclinar la sien?
¿Quién á la virgen casta que se entrega
Al honor del doncel enamorado,
Hubiera dicho entonces: *Desgraciado*
Será Gonzalo, y lo serás también?

¡Nadie! ¡nadie! ¡En su púdico semblante
Juegan las ilusiones adoradas!
Flor virginal, sus hojas delicadas
No abrasa el sol, ni turba el huracán.
Y cual agita el céfiro süave
El tierno cáliz de naciente rosa,
Su mejilla, con púrpura gozosa,
Amor colora en su inocente afán.

Y el dichoso doncel goza á su lado;
Y el doncel es mayor; pero él no mira
Por sí, ni alienta solo, ni suspira;
Ella suspira, alienta y ve por él;
Él no tiene más vida ni ventura,
Que ella, principio y fin de sus acciones,
Y ella, en todas sus tiernas emociones,
Por su principio y fin tiene al doncel.

¡Los une la virtud! Brillan las horas
De grata luz, de paz y venturanza,
Que acompaña el placer de la esperanza,
Que anima el sol radiante del amor...
¡Par infeliz! ¡contempla delirando
En la dicha futura, en la presente,
Y descuidado en su virtud, no siente
La tempestad que ruge en su redor!

Fernando Benalcázar, el soberbio,
Ama á Pubenza, adórala; alimenta
Su alma altanera, indómita, violenta,
La inextinguible, la feroz pasión;
Y de todo es capaz: un pensamiento
Ocupa entera su existencia amarga,

Y del funesto amor bajo la carga,
Se agita su rebelde corazón.

Y poderoso, del poder abusa;
Y celoso corteja á la venganza;
Y furioso de amor sin esperanza,

Busca en el crimen su único sostén
Su carácter de fuego no permite
Contradicción ni leve resistencia,
Y en su absurda despótica potencia
Busca el camino de un soñado Edén.

Cetro de hierro empuña; vida y honra,
Todo está á su capricho encadenado
En el imperio vasto conquistado
No hay más ley que su firme voluntad;
Ella manda, ella impera, ella se cumple,
Ni hay donde huir del lúgubre tirano;
Que se siente do quier su férrea mano
Cual vasta, universal calamidad.

Un día vino, cuyo albor primero
Halló de Dios el templo profanado,
Y vio caer, de labio desmayado,
Cabe el altar un funerario sí;
Y al pie del ara, sin color, sin vida,
Una virgen modesta y hechicera...
De cien caciques la última heredera,
Pubenza yace desmayada allí.

Ella, que por salvar al padre anciano,
Ella, que ya privada de su amante,
Al resplandor de lámpara oscilante,
Esposa de Fernando se juró.
Y el tirano cruel llevó contento
La carga leve en sus robustos brazos,
Y volviólá á la vida, entre los lazos
Que su pasión sacrílega forjó.

¡Desgraciada mujer! y desgraciado
Aquel que arroja en desigual balanza
El amor de la virgen, su esperanza,
de la hija el último deber:
¡Su padre aquí! ¡su amor allá! Batallan
La hija piadosa, la mujer que ama,

Y, á la voz del deber que adentro clama,
La hija piadosa vence á la mujer.

Corre la nueva en alas de la fama,
Y el Cacicazgo entero se estremece,
Gonzalo, el buen Gonzalo no parece,
¡Ay! ni parece el destronado rey,
Ni Manuel, ni Payán. El hecho horrendo
Tolerá y calla el pueblo americano,
Que donde impera el bárbaro tirano,
Hablar es crimen, el silencio es ley.

¡Ah! ¡Pubenza! ¡Pubenza! ¿conque el fuerte
Hijo del gran conquistador, te ha hecho
Desleal á tu amor? ¿Mintió tu pecho?
¡Ay! mísera, ¿qué hiciste? ¿dónde estás?
¿Dónde tu amante?... Un velo tenebroso
Aun oculta el sacrílego misterio...
Llora Pubenza en duro cautiverio
¡La mano ha dado, el corazón jamás!

¡Vive Fernando! ¡vive! de su suerte
La estrella brilla, plácida y tranquila;
Mas llega un tiempo en que su luz oscila,
Y parece apagarse para él.
Vago rumor de crímenes le acusa
Indignos ¡ay! de su elevada cuna,
Y en medio del poder y la fortuna,
Aspira ambiente emponzoñado y hiel.

La frente clara, la cabeza erguida
Ya no sostiene el cuerpo vigoroso
Clava en tierra los ojos, temeroso
Del hombre no, del justiciero Dios;
Y embozado en su manto, y solitario,
Ora con paso medurado, lento,
Se inclina ante el atroz remordimiento,
Ora de él huye, que le sigue en pos.

Al rumor que le acusa, con la muerte
Sale al encuentro, y de la sangre vive,
Y en medio de los crímenes percibe
Que es imposible detenerse ya;
Y por la suerte mísera empujado
Matar pretende al pensamiento mismo,
Y de crimen en crimen, al abismo

Rodando á su pesar, rápido va.

Es el primer delito como el lurge
Que el huracán de los nevados lanza
¡Rueda! y en cada giro crece, avanza,
En mole, y movimiento y solidez.
¡Rueda! - de cumbre en cumbre despeñad
Las selvas sordo, con estruendo, arrasa,
Hasta que al fin le rompe y despedaza
Con estrago, su propia rapidez.

Busca alivio Fernando, ¿pero dónde?
Del cielo aparta los enjutos ojos
En el jardín de amor sólo hay abrojos;
En la tierra hay esclavos, soledad.
Pero nada le abate; solo y fiero,
Amor y tierra y cielo desafía
En su pasión, en su valor confía,
Y desprecia á la abyecta humanidad.

Tan sólo con un fin humillaría
La frente altiva, el alma de diamante;
Y vaga eterno el pensamiento errante
De aquel objeto idolatrado en pos.
Es amor su fantástico delirio
Ama, aborrece, y amenaza, y ruega,
Y desoído, de su ser reniega,
gloria, y cielo, y religión, y Dios.

Siete veces el sol trajo el estío,
Y siete veces le encontró penando,
Porque el dolor se sienta con Fernando,
Y vive con Fernando el padecer.
La octava vez... ¡Silencio! que ha sonado
Bélica trompa cuya voz retumba...
Busca ¡oh guerrero! ¡una gloriosa tumba!
¡Llama el clarín!... ¡Silencio á la mujer!

CUADRO SEGUNDO

LA NUEVA PATRIA

Voy, por el campo que agostó el olvido,
Recogiendo, con mano reverente,

Las hojas secas del laurel perdido.
Diré tus hechos, infeliz, valiente
Gonzalo, amante, amado, perseguido;
Pero los busco entre el voraz torrente
De los siglos, que ruedan, se confunden,
Y en la infinita eternidad se hunden.

Así, cuando por prados de esmeralda
El ardiente volcán su lava arroja,
Mírase al ciervo por la ardida falda,
Lentamente paseando su congoja,
Escarbar y buscar la seca y jalda
Hierba, y la rota solitaria hoja,
Tristes reliquias del nativo prado
En negra lava y en ceniza ahogado.

Como vasta pirámide, arrojada
De Norte á Sur en medio al Océano,
La cúspide, en el choque, despuntada,
Derruídos los lados por la mano
Del tiempo, por la obra perennal cansada,
Mírase al continente colombiano;
Y, cual del cuerpo astillas desprendidas,
Se ven sus islas, por el mar, tendidas.

Andes, en forma de melena densa,
Sus altas sierras sobre el Norte extiende;
Luego reduce su expansión inmensa,
Y en larga línea para el Sur descende;
Deja al Oriente la llanura extensa
Que hasta el remoto Atlántico se tiende,
Y, la frente imperial en fuego ardiendo,
Ve los dos mares á sus pies rugiendo.

Esa es la cordillera á cuya cumbre
No alcanza del condor el raudo vuelo;
La fábrica de enorme pesadumbre
Donde, entre algas y témpanos de hielo,
Nace la pura y limpia muchedumbre
De aguas que riegan nuestro fértil suelo,
Brotando, entre el misterio, tras la niebla
Vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente,
De las gélidas fuentes desprendidos,
Arroyos mil, con pródiga corriente,

Enriquecen la tierra: entretejidos,
Cual vasta red, por todo el continente
Discurren : luego, en masas recogidos,
Van á pedir al piélago profundo
Para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro
Sus ondas, y al Pacífico suave,
Corriendo por las selvas sobre el pro
Que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de unión; mas su tesoro
No está en el oro vil: está en la nave
Que surcando sus útiles raudales
Dé industria y libertad á los mortales.

De Granada, la Nueva, el Virreinato
Departe el Marañón de sus vecinos;
Interno y noble mar, donde el aflato
No alcanza de los recios torbellinos,
Y de futura unión vínculo grato
Entre los industriosos granadinos,
Aorta de este mundo colombiano,
Y ríos de los ríos soberano.

Y de Granada en la región do gira,
Sin jamás apartarse, el sol amante,
Y con süave hálito respira,
Arrullada entre palmas, la aura errante,
Y el tagüijó monótono suspira,
Del marjal melancólico habitante;
Entre el Ande y el mar, que la mejilla
Recuesta en paz á la escarpada orilla,

Hay un valle feliz: su tierra ondula
En continuas y plácidas colinas
Que la brisa al pasar besa y adula
Por ese valle en ondas cristalinas
El agua precipitase y circula
Serpeando entre flores purpurinas;
Y al fin de aquel Edén verde y riente
La ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,
Como la tigre que asechanza teme
Y espera el can al árbol recostada,
Detrás del corvo cerro de la Eme

Se la mira de lejos engastada
Desde el Cauca, á la luz del sol que treme
Sobre la alba ciudad, en grupos varios
Se ven surgir sus pardos campanarios

Al Oriente Belén, donde el devoto
Pueblo va á celebrar el nacimiento
De Jesús, su Señor, y cumple el voto
Año por año, en santo arrobamiento;
En la blanca. capilla mudo, inmoto,
Contempla aquel buen pueblo el gran portento,
Y en silencio solemne recogido,
Adora al Salvador recién nacido

Alumbra la capilla el sol naciente
Dando en el monte verde y escarpado,
Do un camino en figura de serpiente
Gira, y le va subiendo por un lado;
Y á este camino agólpase la gente,
Y de vivos colores matizado,
Como una sierpe enorme se estremece
Y en gayas ondas sus anillos mece.

Y más allá, como inmortal gigante,
Alza la frente el Puracé sublime;
A veces terso, cándido, brillante,
Sus anchas basas en silencio oprime;
Otras, envuelto en nubes, retumbante,
Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos, ó estremece el suelo,
O incendia en llamas la extensión del cielo.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra el desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno;
Y nacen del calor plantas extrañas,
Que guardan de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

En los montes, que ya süavemente
Hasta besar la linfa, enamorados
Descienden, ó ya suben de repente
En riscos pintorescos, escarpados,
Sus frutos cada zona diferente

Ve con los de otra zona entrelazados;
Todos iguales, todos juntos crecen
Y á un tiempo se maduran y florecen.

Tal es la tierra. El cielo encapotado
Pierde por tiempos el azul sereno
Entonces, de relámpagos preñado,
Recorre el horizonte el ronco trueno;
Por el ímpetu eléctrico turbado,
Brotan el aire huracanes de su seno;
Cae la lluvia, crujen las montañas,
Se eclipsa el sol, se inundan las campañas;

Mas la negra tormenta que oscurece
Y asorda en torno al mundo y le conturba,
Y del cielo la bóveda estremece
Lanzando rayos por su inmensa curva,
A la vuelta del sol desaparece,
Pasa de nubes la apiñada turba,
Y ante la luz pacífica y tranquila,
Ni se mece la flor, ni el aire oscila.

Aquí la vasta cordillera empina
En fantásticos riscos su cadena;
Allí en vaivén, elástica se inclina
Sobre el tallo gentil de la azucena,
La flor, ante la brisa matutina;
Acá el arroyo por la selva suma;
Y vese el llano y su pintada alfombra
¡Que interceptan los montes con su sombra;

Y la fruta silvestre, donde toma
Su grato olor la brisa pasajera
Para mezclar al de la flor su aroma;
Y el canto de la tórtola agorera,
Cuando la noche en el Oriente asoma;
Y el variado matiz de la pradera,
Que gusto, olfato, oído, vista halagan,
Y, deleitando el cuerpo, el alma embriagan;

Y el Cauca, que entre enormes pedrejones
Sus ondas bramadoras alborota,
O preso por altísimos peñones,
En vano el dique de granito azota;
Y del ronco volcán las convulsiones,
Y el muelle junco que en el lago brota,

La calva roca, la aromosa planta,
Todo, en contraste seductor, encanta.

No es éste el clima delicioso, blando,
Que al ocio sólo y al placer convida;
Ni su habitante gozará, pasando
En pereza monótona la vida.
Para quien nace en su redor mirando
La gigante natura estremecida
En contraste magnífico y eterno,
La quietud, la inacción, es el infierno.

En la vasta extensión que el Cauca baña,
Desde que asoma la modesta frente
Entre el musgo glacial de su montaña,
Hasta que, unido con su hermano, siente
Del bramador Atlántico la saña
Oponerse al poder de su corriente,
Si, cuanto riega su raudal bendito,
Es alto y gigantesco: ¡hasta el delito!

Así como él, extraño en su carrera,
Crece y retumba amenazando estrago,
O besa manso la feraz pradera
Mecido en hondo y cristalino lago,
O desciende, en magnífica chorrera,
Tendiendo el iris por el aire vago;
O sus olas espléndidas de plata,
Rueda de catarata en catarata;

Así su hijo entusiasta, en las regiones
Que él con sus ondas ácidas satura,
Creciendo entre las recias convulsiones
De la inquieta y terrífica natura;
En medio de contrastes y emociones,
Pasa la vida borrascosa, dura;
Y es héroe, santo, mártir, delincuente;
Todo, menos cobarde, ¡indiferente!

¡Yo te saludo, Popayán insigne!
¡Salve! ¡cuna de mártires y sabios!
Haz que el genio á mi canto se resigne;
Inspira un son armónico á mis labios.
¡Y que tu historia algún lugar asigne
Al infeliz cantor de tus agravios!
¡Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!

¡Salve! Payán, tres veces, ¡salve! ¡salve!

¡Y salve! tú, mi patria granadina,
Querida al corazón, grata á la mente!
¡Si en exilio tu bardo peregrina,
No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial; y aunque él inclina
Al extranjero la humillada frente,
Aun no ha amellado tu injusticia inmensa
El fierro que blandiera en tu defensa!

¡Yo te amo, aunque tu mano me arrojara,
Madre! ¡como á reptil, de tu regazo!
Si más me persiguieras, más te amara
Y bien por mal volviérate mi brazo.
¡Ah! ¡quisiera tener voz alta y clara
Sólo para ensalzarte; y que ese lazo
Cuando yo pase, cual pasó tu gloria,
Nos uniese en la muerte y en la historia!

Y viera el mundo al hijo maldecido,
Honorando á la madre con su llanto,
Arrancarle su féretro al olvido
Con el viril esfuerzo de su canto;
Y al mirar sobre el tiempo remecido
Redentor de tu gloria, mi himno santo,
A mi ferviente súplica propicia
Perdonara la historia tu injusticia.

No sé por qué, de mi existencia dueño,
Si velo, siempre asaltas mi memoria;
Si duermo, siempre con tu imagen sueño;
Si pienso, siempre aflígeme la historia
De esos tus ambiciosos, cuyo empeño
Es devorarte sin honor, sin gloria,
Gusanos de un cadáver, que se gozan,
Aunque mueran después, mientras destrozan.

CUADRO TERCERO

EL TRAIADOR

¡Y tú, mi Popayán! ¡noble y valiente
Madre del patriotismo acrisolado!

Ni de tus hijos la virtud ardiente
Bastó á dorar tu tétrico pasado;
Y triste es ver tu lúgubre presente,
Triste es ver tu futuro revelado;
Que para ti ¡oh Patria! ¡todo es triste,
Lo que serás, lo que eres, lo que fuiste!

Fue un tiempo en qué, la invicta frente orlada
De bélico laurel, tu dura mano
Arrojó el guante, apercibió la espada,
Árbitro y fiel del mando Colombiano;
Y joven, pero sabía, respetada,
Desde el valiente y último Araucano,
Hasta el Muisca, tuvieron su fortuna
Pendiente de los mimbres de tu cuna.

De desgracias sin término en la escuela
Aprendiste lealtad, y tus legiones
Contra Pizarro enviaste. Núñez Vela
Halló con tus gallardos campeones
Si no triunfo, honra y muerte. Centinela
Tú fuiste del imperio y sus blasones;
Y en la abyección universal, tú sola
Quedaste libre, honrada y española.

Pero nada ganaste; pues se extiende
De tu valor indómito la fama;
Luego en un pecho vengativo enciende
La soberbia ambición su ardiente llama,
Y la importancia altísima comprende
De la ciudad que invicta se proclama,
Álvaro, de Pizarro compañero,
En valor su rival, mejor guerrero.

Y aquel varón, con voluntad de hierro,
De Carvajal las máximas pesando,
Se viene á madurar en el destierro
Su plan de imperio, su ambición de mando
Activo, emprendedor, desde su encierro
Forma de amigos poderoso bando;
Los arma, los instruye, los prepara,
Y señor de estos reinos se declara.

Ya por cien veces alumbrado había
El sol tus campos, Popayán, floridos,
Y a cada vuelta con que trajo el día,

Halló á tus hijos mustios, abatidos
De la discordia el frémito se oía
Entre lágrimas tristes, y alaridos,
Que á cada nueva hora se aumentaba
El poder que don Álvaro usurpaba;

Don Álvaro de Huelva, belicoso
Hijo de España, y su enemigo crudo;
Don Álvaro, rebelde y orgulloso
Nieto de Oyón el comunero rudo;
Don Álvaro, enemigo del reposo,
En cuyo pecho empedernido, mudo,
Arde perenne de ambición la tea,
Y en la sangre y la muerte se recrea.

Su amor, la guerra; el pabellón del cielo
Su mejor techo; el césped esmaltado
Su lujoso sillón; su lecho, el suelo,
Y su festín el campo ensangrentado
Su deleite las armas, el desvelo,
El peligro afanoso y angustiado
Ávida sed de imperio y de renombre
Su mundo él, y su juguete el hombre.

Es su estatura la de trunco roble
Que, entre altos olmos, sobre su ancho asiento,
Burla robusto, silencioso, inmoble,
Del huracán el ímpetu violento
Boca de león, y la imponente y noble
Voz del rey de las selvas en su acento
De águila el ojo, la actitud serena;
Híspida barba, y recia la melena.

Piedad abriga el pecho adamantino
Cuando yace á sus plantas la fortuna
Ira sólo, si el rígido destino
En su carrera obstáculos aduna,
De la ambición cerrándole el camino:
Al ruido del cañón rodó su cuna,
De la muerte entre bárbaros despojos
Abrió á la luz los infantiles ojos.

Y no reprime su ánimo guerrero
Santo temor de Dios: nació cristiano;
Luego cayó del Turco prisionero,
Y acompañó en su rito al Mahometano;

Tornó después á España aventurero,
Y dio al desprecio el culto del pagano.
Es tráfico su fe: la conveniencia
Arregla su conducta y su conciencia.

Aunque albergaba la virtud su pecho,
Se apoderó el rencor de su alma fuerte
Fue su dios la Venganza, y su derecho.
Cual fuente impura, que veneno vierte
De limpio arroyo en el fecundo lecho
Y trueca así la vida por la muerte,
El genio para César le destina,
El delito le torna en Catilina.

Sólo una alta virtud su seno abriga
Inextinguible, como el puro fuego.
Que conservaba la Vestal amiga;
Y arde su llama en plácido sosiego
Sin que del mundo injusto la enemiga,
Ni el furor de ambición violento y ciego,
Su luz apaguen. A sus padres ama
Aun más que trono, y vida, y dicha, y fama;

Pero no se hallará la complaciente
Caricia, la sumisa reverencia
En el inculto ser, su afectó ardiente
Se parece á la rábida vehemencia
Con que la tigre por su prole siente.
Sus pasiones con ímpetu y violencia
Brotan, como las ondas que desata
En hirviente tropel la catarata.

Rebelde, y de rebeldes hijo y nieto,
Su casa es de rebeldes madriguera
Que siempre la ambición hirvió en secreto
En esa raza noble y altanera;
Y jamás á la ley tuvo respeto,
Que es, según él, la autoridad quimera,
Lantejuela de teatro, cuyo precio
Ignora el débil y deslumbra al necio.

Hijo del infortunio; de la suerte
Amo, no siervo, su postiza calma
No perturba el peligro, ni la muerte
Cierta pudiera estremecer su alma.
Tal es el hombre, denodado, fuerte,

Que corre en pos de inmarcesible palma,
Que entre el trono y la muerte no halla nada
Digno de su valor y de su espada.

Y cerca está de la ciudad doliente
Por sus huestes feroces escoltado.
De sus hechos la fama sorprendente,
El terror que sus armas han sembrado
En su marcha triunfal de gente en gente,
Y el haber á Pizarro aconsejado,
Le hacen temer más que una peste, y gime
El vasto imperio, que su nombre oprime.

La Plata por asalto sometida,
Y la provincia de dorada arena,
Do entre fértiles ribas contenida
Rueda su linfa el manso Magdalena;
La nación de Huanacas sustraída
A la pesada Ibérica cadena;
Delgado y sus legiones debelados,
Villas, fuertes y campos arrasados;

Esos son sus blasones. La victoria
Obedece á don Álvaro: la muerte
Acompaña á don Álvaro: la gloria
Don Alvaro desprecia: de la suerte
Don Álvaro se burla. Ésta es su historia.
Lleno de audacia, en alianzas fuerte,
Persigue con esfuerzo y esperanza
Un objeto tan sólo - la venganza.

Álzate, ¡Popayán ! ¡valor! ¡alerta!
¡Conjura la vergüenza y la ruina!
La venganza te asecha: está á tu puerta,
Y el oprobio en herencia te destina.
¡Apercibe la espada descubierta!
¡Yergue la sien, que la desgracia inclina!
¡Lidia! no por la vida o la victoria;
Mas ¡lidia por tu honor, salva tu gloria!

¡Perece! pero deja una honda llaga
Que recuerde tu fin, y marque el seno
Del opresor injusto que te amaga!
Perece como el rayo, cuyo trueno
Anuncia al mundo que su luz se apaga,
Y consagre la gloria tu terreno

Dejando, de su templo en los umbrales, ¡
Tu nombre entre los nombres inmortales!

CUADRO CUARTO

EL PIRATA

Entre las rocas del helado Huila,
Como el aura carnívora en su breña,
Una tribu antropófaga se asila.
Esa tribu misántropa desdeña
Las artes gratas de la paz tranquila,
Y á sus duros mancebos sólo enseña
Feroz desprecio de las propias penas,
Y salvaje deleite en las ajenas.

De sus chozas escuálidas en torno,
Guardan aquellos bárbaros crüeles,
Al cañizo prendidas, como adorno,
De sangrientos cadáveres las pieles.
Y suelen los ancianos, en contorno
Reunidos, ver lidiar á sus donceles,
Y con la sangre que la riña brota
Paladear los hacen gota á gota.

Es fama que el pacífico monarca,
Pubén el sabio, desde tiempo antiguo
Purgó de aquellos monstruos su comarca,
Y arrojólos al Huila por castigo,
Señalando en su limite una marca
Á su eterno furor. Allí al abrigo
De sus rocas lidiando entre ellos mismos,
Atronaban rugiendo los abismos.

Más de una vez el bárbaro inhumano
Quiso volver al valle de las flores,
Y trocar el desierto comarcano
Por el grato jardín de sus mayores;
Y vencieronle el indio y el cristiano
De la región feliz habitantes;
Mas Álvaro la alianza solicita
De esa tribu sacrílega y maldita.

Rila, cacique impávido y esbelto,

De enorme talla y fuerza gigantea,
De torva faz y corazón resuelto,
A quien la destrucción goza y recrea,
Manda á los Huilas; y á la guerra vuelto
El ánimo feroz, sangre desea;
Y á dejar se resuelve sus abrojos
Por recoger del reino los despojos.

Y cuando hubo los términos reglado
Del pacto, y sus inicuas condiciones
Con el nuncio por Álvaro mandado,
Convoca sus sacrílegas legiones
Claman éstas rompiendo el dique helado,
Abandonan sus lóbregas prisiones
Y se despeñan como lurte horrendo,
De disonantes trompas al estruendo.

Luego, con paso cauto, misterioso,
Llega de noche al campo fraticida,
Y entre las quiebras del terreno undoso
Queda la hueste bárbara escondida:
Después se acerca al bosque silencioso
Que circuye á Belén, y protegida
De la alta selva por la sombra fosca,
Con sospechosa precaución se embosca.

Tal de hienas la tropa carnicera,
Al sentir del combate el son distinto
Entre fuerte león y ágil pantera,
Deja el cubil llevada del instinto,
Y en la ceja del monte oculta espera
Lamer el prado en roja sangre tinto;
Y al verla, sus pupilas se iluminan,
Y siniestros relámpagos fulminan.

Como aletea el buitre, en lenta espire,
Por encima del león agonizante,
Así, sobre los cerros, cauta, gira
La turba de antropófagos errante;
Y su ojo hambriento, Popayán, te mira,
Y aguarda, acecha, el decisivo instante
De acometer con Álvaro la empresa,
Y saborearse en la vencida presa.

Quién fue el ministro vil de mal tamaño;
Quién apeló del bárbaro sañudo,

Al degradante auxilio; quién el daño
Aconsejar y el sacrilegio pudo;
Quién se atrevió á llamar al pueblo extraño
A ser de tantos crímenes escudo,
Refiere, y sus delitos cuenta, historia,
Para que el mundo execre su memoria.

Bajo pretexto vario y embustero
La tierra de Colón reconocía
Un hombre, en apariencia misionero,
Súbdito de la inglesa monarquía,
Que en fuerza de larguezas y dinero
Al rebelde don Álvaro servía
Wálter se llama el raro peregrino:
Anarquizar el mundo es su destino.

Monarca audaz de una velera nave,
Por el bramante mar paseó su saña;
Y más de un pueblo le conoce, y sabe
Cómo ofende su brazo y cómo daña.
Fingiendo ahora ministerio grave,
A los rebeldes sirve en odio á España,
Cuyo poder y espléndidos destinos
Dan el cetro del mundo á los latinos.

En la vida marina embebecido
Hizo su patria el mar, su dios del viento
Ve, de febril deleite estremecido,
La lid á muerte, el huracán violento
Diestro en el mal, y para el mal nacido,
Imita el traje ajeno y el acento,
Y, camaleón social, la forma toma
Del indio en Indias, del romano en Roma.

Cuando la noche al orbe cobijaba,
Busca al rebelde, Wálter disfrazado
Colgada al hombro la provista aljaba,
Y de bija fantástica pintado,
Trae en la diestra la nudosa clava,
Tinto en negro el cabello desgredado,
Y el ojo azul, indómito y despierto
Entre pendientes pámpanos cubierto.

Era triste la noche: no se oía
Más señal de existencia, más sonido,
Que el silbido fugaz que respondía

A otro fugaz monótono silbido;
Y de la turba vil, que obedecía
Lejos, y en sitio oscuro y escondido,
A un corpulento roble se reclinan
Los dos, y así conversan y maquinan:

WALTER.
¡Salud, Alvar!

ALVARO.
¡Wálter, salud ! ¿Qué has hecho?
Esta mañana cuando vi al espía
Respiré al fin. Perdido te creía.

WALTER.
Pero espero dejarte satisfecho.

ÁLVARO.
¡Habla! ¡Habla, que yo escucho!

WALTER.
Da un momento:
Deja que me repose y cobre aliento...

Este sitio apartado y solitario,
La noche tenebrosa, hasta la rama
Cuya lúgubre sombra se derrama
Sobre mí como manto funerario,
Y la prisa, y los riesgos que he vencido,
A mi pesar me tienen sorprendido.

La hora, el asunto, tu actitud, mi traje,
Dan a este encuentro un aire misterioso,
Que unido al melancólico reposo
De la escena tristísima y salvaje,
Me estremecen... Parece que hasta el viento
Calla, como rondando nuestro acento...

¿Sólo estás?

ALVARO.
Como Adán, antes que fuera
La mujer. ¡Ay del hombre que atrevido
Prestara á nuestra plática el oído!
Quedará muerto aquí.

WALTER.

Lo mereciera.

Dejar en estos casos un testigo

Equivale á dejar un enemigo...

Todo para servirte lo he arrostrado.

Ya están aquí los bárbaros; y Rila

En posesión pacífica y tranquila

De la selva vecina, preparado

Para invadir á Popayán, espera

Tan sólo que don Álvaro lo quiera.

ÁLVARO.

¡Hola! ¡has hecho un milagro! la alta empresa,

Gracias á tu valor, gana y mejora.

Ya es tiempo. Preparémonos ahora

Para ocupar la plaza por sorpresa.

Grande es la acción, y su éxito fecundo

En dicha ó en desgracia para el mundo.

WALTER.

Si Pizarro, cual tú, pensado hubiera

Cuando el solio del Inca pretendía,

Lo que, en la guerra, Popayán valía,

¡Cuán diferente nuestra suerte fuera!

Venguémonos en ella: que sucumba

halle en su ruina España infamia y tumba.

ALVARO.

La causa de Pizarro, el gran soldado,

No está perdida: aun guarda la semilla

De su ambición la raza de Castilla;

Yo sé, por su ejemplo adocinado,

Que quien dar puede un mundo al Rey Ibero,

Para privarle de él tiene su acero.

Prontos están á desnudar la espada

Todos esos valientes, que sirvieron

La causa de Pizarro, y padecieron

La crüeldad de Gasca inveterada:

Sí, todos me han escrito: el continente

Quieren nuestro, feliz, independiente.

WALTER.

Mas no te ayudarán, harto lo temo,

Si esa altiva ciudad no conquistamos,

Y es necesario que un esfuerzo hagamos,

Para ocuparla, espléndido y supremo.
No repares en medios, y te juro
Que será el triunfo rápido y seguro.

ÁLVARO.

Wálter, nada me arredra. En el sendero
Por donde marchó, sólo la victoria
Me hará admirar: sin ella, en mí la historia
Verá, en lugar de un héroe, un bandolero.
Yo soy rebelde; en nada espero, en nada,
Sino en el filo agudo de mi espada.

¿Qué hizo Pizarro? Sordo á los clamores
De Carvajal, que le empujaba al trono,
De la súplica vil tomando el tono,
A sus amigos convirtió en traidores,
Que al jefe vacilante abandonaron
Y en los brazos de Gasca se arrojaron.

Yo soy rebelde: no pretendo necio
Un perdón imperial, ni me conviene;
Un rebelde humillado sólo tiene
Que esperar de los reyes el desprecio.
No busco más que la victoria: el modo
Me importa poco: la victoria es todo.

¿Cuento con tu valor?...

WALTER.

Cuando exigiste
De mí que me pusiera á tu servicio,
Al imponerme el duro sacrificio,
Explicar tus proyectos me ofreciste
Ya es tiempo de que cumplas tu promesa
Y sepa yo mi parte en la alta empresa.

Oro no quiero: yo no he sido en vano
De esta tierra opulenta el peregrino:
Sabes que soy el único marino
Que habita el vasto imperio colombiano,
Y mi sangre es caudal de que dispone
El que mejores términos propone.

ALVARO.

¡Ven! los sabrás. Discípulo de hombres
Que el mundo con sus hechos ensancharon,

Mezquino no he de ser: no me legaron
Su ejemplo en vano, y sus excelsos nombres.
¡Ven! y escúchame, pues, para que veas
Que han crecido también nuestras ideas.

CUADRO QUINTO

EL MAPA

Callan los dos. Acércanse á una hoguera
Que brilla sola en la campiña oscura;
En ráfagas la llama reverbera
De Oyón sobre la atlética figura:
Extendido en la húmeda pradera,
Sobre la izquierda sostener procura,
La sien, mientras recorre con la diestra
Un mapa enorme que al pirata muestra.

El bretón sobre el pecho reclinado,
Fijos los codos trémulos en tierra,
Descansa el rostro enorme y atezado
Sobre ambas manos, cuyos dedos cierra;
Con su cabello suelto y desgredado
Juguetean las brisas de la sierra;
Mientras sus miembros, por el frío heridos,
Tiritan, levemente estremecidos.

Oyón dice: Aquí Arauco: aquende linda
Con la última región del hemisferio,
El Perú y luego Quito. ¡Vasto imperio
Que hombres, tesoros y poder nos brinda!
Toda esta tierra pertenece á España,
Y toda el mar Pacífico la baña.

¡Mira! éste es el San Juan, que va torciendo
Su noble lecho hasta quedar enfrente
Del rico Atrato, cuya igual corriente
La comarca de Antioquia va barriendo,
Y cada cual de un mar las ondas bebe,
Y sus aguas separa un istmo breve.

Ya de Colón el genio sin segundo,
De una idea profética inspirado,
Y de su audacia y su saber llevado,

Buscó un estrecho para unir el mundo,
Que paso entre los trópicos le diera
Y en uno los dos mares confundiera.

No existe, no; pero en la tierra adentro,
No lejos del escudo de Veragua,
Manso se extiende el lago Nicaragua
Del istmo estrecho carcomiendo el centro,
Y arroja un río sobre el mar de Oriente,
Y enlázase al Managua hacia el Poniente.

Que nos sirva el Atrato, ó ese lago,
Si al fin nuestro dominio establecemos,
Justo será que el sueño realicemos
De tanta dicha y de poder presago,
Y que de Asia y de Europa el rico fruto
Pase, y pague al pasar, pingüe tributo.

Vencido aquel obstáculo liviano,
Desde el país do Cartagena eleva,
Flotando sobre el mar, su forma nueva,
Hasta el campo del último Araucano,
Dando las alas húmedas al viento,
Las ondas surcarán naves sin cuento,

Roto en el istmo el vínculo que liga
Los dos grandes Gemelos con su lazo.
Puesto entre ellos del mar el hondo brazo,
Que cada cual su pensamiento siga,
Y el uno al otro, por su bien, aliado,
Tenga gobierno propio y separado...

Ve esta rada pacífica y segura
Donde aportando el español devoto,
Dejó el bajel desmantelado y roto
Y llamóla, al saltar, Buena-Ventura.
Cerca está del San Juan; y aquella rada
Nos da al Cauca sequísimo la entrada.

Es la costa prolífica vecina
Criadero de aromáticas maderas,
Fuertes, flexibles, leves, duraderas,
Que la broma voraz jamás arruina
Allí tener un fuerte, un astillero,
Para ofender y defenderme espero:

Allí de Orquiyo y Villagrau, lo sabes,
Barroso y Castro con su gente armada,
Tendrán mi flota en breve preparada,
Pues sólo esperan del Perú las naves,
Cuyo envío Fernández me ha ofrecido,
Que es varón de cumplir lo prometido.

Ya lista allí mi armada, por la vía
Que transita el activo mercadante,
Bajará al mar mi ejército triunfante,
Y hará la costa independiente y mía;
Mía, porque mi flota irá ligera,
De puerto en puerto, izando mi bandera.

Cuando mis quillas sobre el mar extiendan
Cual blancos cisnes, sus flotantes galas,
Abriendo al viento bienhechor las alas;
Cuando de Arauco á Nicaragua asciendan,
¿Quién de España vendrá que no sucumba
Y halle en el mar, que esclavicé, su tumba?...

¡El mar! ¡el mar!... si hubiera asegurado
Mejor Pizarro sus veleras proras;
Si criaturas imbéciles, traidoras
No le hubiesen por Gasca abandonado,
Del Istmo hubiera vuelto el mercenario
A atormentar á Dios con su rosario.

Tenga yo naves, y disponga á miles
El Rey de armas, tesoros y guerreros.
Amellará la brisa los aceros
De sus esclavos pérfidos y viles.
Nos separa un abismo: el mar le inunda,
Y protege mi imperio y le circunda.

Si pretenden osados el estrecho
Franquear de los hórridos volcanes,
Que honró con su alto nombre Magallanes,
Quedará en breve su poder deshecho.
Si al Atlántico escapan, los espera
De este lado mi escuadra toda entera.

Ya poseedor del Occidente,
De la costa narina hasta la Sierra
Abriré rutas anchas por la tierra,
Y uniré el corazón del continente

Con el ancho Océano: éste el camino
Que lelvará mi imperio a su destino.

Obra es ésta más útil y hacedera
Que aquella vía nivelada y grande,
Con que hizo el Inca faldear el Ande,
Monumento de gloria duradera,
Que partiendo del Cuzco, llega á Quito
Sobre basalto y sólido granito.

Dueño del mar, de aquella ruta vasta,
Que al impulso recórrese del viento,
Deberé mi poder al movimiento.
Un puñado de fieles: eso basta;
Ese puñado, con honor, do quiera
Tremolará, triunfando, mi bandera.

Brazos me sobrarán. Ya con decoro
Al italiano, al portugués invito,
Y la nativa emulación excito
Con regia pompa, y con honores y oro,
Que así la ciencia me enviará su tropa,
Que los reyes desprecian en Europa.

Nos guarda allá el Atlántico sonoro
Los altos Andes luego hacia el Oriente,
Muros que el cielo tocan con su frente
Y arrulla la tormenta en ronco coro;
Besa acá y guarda el suelo Colombiano
El inmenso Pacífico Oceano...

Mira esta curva costa Granadina,
Do innumerables puertos dan abrigo
Seguro y eficaz, al barco amigo;
Y donde, superiores á la encina,
Árboles gigantescos, seculares,
Nos brindan el dominio de los mares.

Maracaibo está aquí: su lago claro
Tras del puerto magnífico se extiende,
Do la natura por la noche enciende
Relampagueante, misterioso faro,
Y al timonel, que el mar apesadumbra,
El rumbo enseña y su carrera alumbrá...

Acá como una sierpe enorme gira,

De verdes selvas entre extensas zonas,
Manso, tranquilo y hondo el Amazonas:
De su masa espantado se retira
Atlante, y lejos va á ocultar la frente
Huyendo del poder de su corriente;

Y el Casiquiare, en gigantesca vuelta,
Del Orinoco al Marañón entrando,
Tres colosales ríos enlazando,
Deja la fértil y espaciosa delta
En que el cedro aromático se inclina
Sobre la onda tersa y cristalina.

Aquí, en Granada, el hábito guerrero,
Aquí la planta atlética, enseñada
A correr, por la selva enmarañada,
Tras de ágil pardo ó tápiro ligero:
Aquí el pecho esforzado, la pujanza
Que al oso vence y á la cierva alcanza;

De aquí parten los ríos principales
Que yendo á Oriente la ancha tierra lavan
Cuyos lechos se acercan y se traban
En hondos y benéficos canales,
Que serán, en los tiempos venideros,
De poder los fecundos semilleros...

¡Repara! Aunque la América recuesta
Sus sierras y sus montes al ocaso,
Y sus ríos mayores buscan paso
Al mar, que brama en la ribera opuesta,
Ésta es la sola tierra conocida
Que al uno y otro mar les dé salida.

Busca el Poniente de Izcuané la ría,
Y riegan del Pacífico las playas
San Juan, Micay, el caudaloso Guayas.
Cajambre, Saija, Anchicayá, Patía,
Y otros ríos tan nobles como grandes,
Que todos se desprenden de los Andes.

Y del flanco oriental la cordillera
El Cauca brota, el Meta, el Casanare,
Y el Yizpura y el Zulia y el Guaviare,
Que corren á la atlántica ribera...
¡Oh! ¡parece que el Ande me adivina

Y ante mi voluntad el lomo inclina!

Si ante el Inca infeliz la cordillera
Someter pudo la empinada espalda,
Ante el Genio Español la dura falda
También someterá, cuando se quiera
Unir con anchas vías militares
Las corrientes que van á opuestos mares.

Y cuando llegue el día señalado
De hacer una nación del continente,
Poderoso auxiliar en su corriente
Tendrán el estadista y el soldado;
Porque este mundo, Wálter, le domina
El primero que tenga una marina.

Probara acaso estéril nuestro empeño
De crear y guardar fuerzas navales,
Si al Perú y á sus yermos arenales
Pidiéramos el cáñamo y el leño
Es de puertos escasa, es imperfecta
La costa al Sur, desabrigada y recta.

El mismo mar, cuyo cristal suave
Terso de nuestra playa se desliza,
Como avanza hacia el Sur sus ondas riza,
Va hasta en los puertos á asaltar la nave
Y hierve hinchado, horrísono, iracundo,
Al tocar con los términos del mundo.

Todo es propicio aquí: las ensenadas,
Las islas protectoras y bahías,
Los esteros innúmeros, las rías,
Brindan seguro asilo á las armadas,
Que esperan de las selvas su sustento,
Y su fácil y rápido incremento.

Sureste el Paraná la tierra baña,
Y á la verde campiña da la vida,
Do el avestruz indígena se anida,
Y el hijo del corcel de nuestra España,
En torno unido á la yeguada inmensa,
Burla del tigre la sagaz ofensa.

En aquel vasto llano trasandino
Ya hay florecientes pueblos, ricas gentes,

Pidiendo á sus pacíficas corrientes
Para sus frutos tráfico y camino;
Pero entre tanto que en el Norte brego,
Perturbar no pretendo su sosiego.

La noticia de triunfos oportuna,
Esparcida con tino por el llano,
El dominio eficaz del Oceano
Mucho harán: dejo el resto á la Fortuna.
La opuesta costa toda subyugada
Será por mí, y el reino de Granada.

En el mar que otros temen, mar potente,
Que abarca el orbe con abrazo estrecho,
Tendiendo el hondo y ondulante lecho
De Norte á Sur y de Poniente á Oriente;
En ese mar, ¡oh Wálter! y en su giro
La cadena de unión del mundo miro.

El que domine el piélago profundo,
Y en su furor se extasíe y se divierta;
El que poblando su extensión deserta,
Se adueñe de ese vínculo del mundo,
Ese, por las tormentas arrullado,
Tendrá en su diestra el orbe encadenado.

Y no será europeo, que sus reyes
Son muchos, fuertes son sus disensiones;
Se espían, se aborrecen las naciones;
Tienen distintos usos, varias leyes,
Y la unidad de acción y pensamiento
Es base del poder y su elemento.

Si la parte mejor del continente
Logramos ocupar, no temeremos
Enemigo ninguno: no tendremos
Credo, ni ley, ni lengua diferente,
Y fuertes en la unión, del mundo aislados,
Tendrán paz y poder nuestros Estados...

¡Alega el Rey de España sus derechos
A este nuevo y magnífico hemisferio!
¿Qué derecho tiene él sobre un imperio
que han conquistado nuestros altos hechos?
Colón le halló, y á su hijo el grande hombre
Sólo legó sus grillos y su nombre.

Cual pordiosero vil, Colón pedía,
Arrastrando su genio al pie del trono,
De los monarcas, con humilde tono,
Que aceptasen un mundo que tenía;
Pero ellos, con desprecio soberano,
Decían á Colón: *¡Perdona, hermano!*

Al fin aquel intrépido marino,
Pesar sintiendo en su cerebro el mundo,
Se abrió por entre el piélago profundo
A su creación fantástica el camino;
La halló; y mi padre, de Colón amigo,
¡Le vio morir la muerte del mendigo!

Sin embargo, mi padre generoso
Volvió á verter su sangre en esta tierra
Por el Rey, para el Rey hizo la guerra
Sacrificó familia, hogar, reposo,
Todo para ser muerto oscuramente,
¡Ay! y dejar la infamia en nuestra frente.

Sus canas, sus servicios, no pudieron
Redimir el honor del buen anciano.
¡Así nos paga el Español tirano!
Ése fue el premio que las leyes dieron
Grillos para Colón, para mi padre
Infamia, y orfandad para mi madre...

¡Ah! ¡mas la mancha que dejó en mí
De un déspota cobarde el anatema,
La cubriré con la imperial diadema,
Y nadie la verá, si alguien la siente!...
¡Padre! ¡tengo tu espada! ¡Tu apellido
Será y tu honor, con sangre redimido!

Sí; ¡yo te vengaré!.. ¡Wálter! espero
Que tú, cual siempre, inteligente, astuto
Cojas también de mi victoria el fruto,
Prestándome tus luces y tu acero.
Ayúdame á vencer, y el mar profundo
Te tendrá por señor... de árbitro el mundo.

CUADRO SEXTO

EL JURAMENTO

WALTER.

Te felicito, Alvar: has sido franco;
Y no te pese, que la artera maña
No puede alucinarme, ni me engaña.
Al decir la verdad, diste en el blanco;
Y pues la has dicho sin disfraz y entera,
Mi respuesta también será sincera.

¿Qué somos? - ¡Dos bandidos - no te asombres!
Llevamos nuestros rótulos escritos
Sobre la frente: infames y proscritos,
El Pirata, el Traidor, son nuestros nombres.
Mas de la empresa el éxito sublime
Borrar puede el baldón que nos oprime.

Yo, que á la humanidad juré la guerra;
Yo, del mundo en justicia aborrecido;
Yo que ando disfrazado, perseguido,
Peregrino y errante por la tierra,
Yo contemplo con júbilo la puerta
Por tu ambición á mi ambición abierta.

Ofrecerte morir vano sería
Bien sabes tú que mi existencia amarga
Es una grave, insoportable carga,
Que al infierno con dote ofrecería
Juégola con desdén, ora en las olas,
Ora contra las armas españolas.

Esos que entre oro y púrpura se mecen;
Esos cuyo instrumento infame he sido,
Esos reyes, Álvaro, que yo he servido,
Y no saben cumplir ni lo que ofrecen;
Esos que me buscaron por discreto,
Matándome, mataran su secreto.

Yo desconfío de ellos. Por el mundo
Vago, cual ave que extraviada y sola
No ve otra cosa que la hirviente ola
De un mar sin horizontes é iracundo...
Así estoy... ¡Ah! ¡mi situación me espanta!
¡Huye entera la tierra de mi planta!

Soy tuyo, Álvar; ¡soy tuyo! y á tu lado,
Lejos de toda inspiración perversa,
De tu fortuna, próspera ó adversa,
Me convierto en partícipe y aliado.
Oro tengo, y nobleza... compraría;
Quiero gloria, poder y nombradía;

Quiero que una mujer á quien adoro,
De mi desgracia heroica compañera,
Sea de mis hazañas la heredera,
Y que, de hijos y nietos el tesoro,
En sucesión perpetua, mi alto nombre,
A los pueblos conmueva y los asombre.

De todo soy capaz: sé tú primero,
Que nadie sino yo será segundo.
¡Yo en el mar, tú en la tierra! Verá el mundo
Si puedo ser tu digno compañero.
Arregla tú la tierra, que yo solo
Me basto para el mar de polo á polo.

Hora mándame, Álvar: ordéname algo
Extraordinario, y peligroso, y grande:
Quiero que un imposible se me mande
Para que tú conozcas lo que valgo,
Y sepas que no hay riesgo, empresa ó lance,
Que á detener mi atrevimiento alcance.

ALVARO.
Voy á explicarte...

WALTER.
Explicación no cabe
Del superior al inferior: disuena
Esa frase en tu labio: impera, ordena
Tu situación, mi situación es grave;
Y que uno mande la victoria espera,
Que el resto calle, y obedezca, y muera.

ALVARO.
Con esa decisión y esa doctrina
Por pocos y valientes profesada,
Cediera el universo ante mi espada
Y ante su irresistible disciplina.
Te reconozco, heroico compañero,
Segundo en mando y en virtud primero.

Te voy á complacer; mas parte ahora,
De misionero el venerable traje...
Cambia por aquel hábito salvaje...
¡Oye! mañana, al despuntar la aurora
Debo tenerte preso, encadenado,
Y á suplicio infamante condenado.

La turba imbécil rogará entre tanto
Por ti, inocente, mártir, prisionero;
Y luego penetrando al campo ibero
Con el prestigio y el poder de santo,
Víctima amada, tenderás el lazo;
Guerrero fuerte, vencerá tu brazo.

Confiada á tu lealtad mi stratagema,
Prepárate á vencer, Wálter; y sabe
Que del humano corazón la llave
Es de oro; y que yo tengo por sistema
Comprar ó destruir á mi enemigo.
Así, ó deja de obrar, ú obra conmigo.

Pero el oro no basta: que el acero
La confusión, el fuego, la sorpresa
De un ataque imprevisto en esta empresa
Me den un triunfo inevitable, quiero.
¿Tendrás valor?

WALTER.
Le tengo, castellano;
Venza ó perezca en el combate, gano.

ÁLVARO.
¿Puedo confiar en que el metal impuro
Corra, y de la traición riegue el veneno?

WALTER.
Lo juro.

ALVARO.
¿Incendiarás, si te lo ordeno,
El almacén de pólvora?

WALTER.
Lo juro.

ALVARO.

¿Harás que Rila se retire, y luego
Sorprenda, ataque, al divisar el fuego?

WALTER.

También lo juro, Álvar; y ante mi saña
Servida por mi brazo en ese día,
Cederá la vil turba en su agonía,
Como cede la espiga á la guadaña
Del segador. Atiende mi promesa
Te daré la ciudad vuelta pavesa.

Si no lo hiciera, Álvar, puedes buscarme
Do haya mayor estrago, muerto al lado
Del más valiente, y en su sangre ahogado.
Júrame tú que irás á rescatarme,
Y que del Cauca en la corriente pura
Me darás una digna sepultura.

Yo le tengo un horror supersticioso
Del polvo vil al ávido gusano.
Lego mi cuerpo al mar: que al Oceano
Le lleve aquel torrente poderoso;
Que las ondas, objeto de mi culto,
Mis átomos reciban en tumulto.

No exijo más; éste es mi testamento.
Quede á la muerte la elección del día,
Siempre que sea corta mi agonía.
¡Mi cuerpo! Álvar, ¿con tu palabra cuento?

ALVARO.

Tu cuerpo... ¡Qué! ¿de perecer se trata?

WÁLTER.

Eso no es contestar. Di ¿quién rescata
El cadáver de Wálter, que á la muerte
Se va á precipitar, ó á la victoria,
Á quien infamia eterna ó alta gloria:
Puede igualmente deparar la suerte?
Es posible morir; vencer espero
Di ¿mi cadáver salvarás si muero?

¿Si o no?

ALVARO.

¿Y qué importa, compañero mío,
Del barro vil la degradada escoria?

WALTER.

¡Álvaro! ¡escucha y calla! Hay una historia
Que revelará mi cadáver frío.
Una familia, un nombre que reclama
De mí, que salve, aun al morir, su fama.

Si triunfamos, mis hechos redentores
Digno me harán del ínclito apellido;
Mas ¡ay! si fuere por mi mal vencido,
Quiero dejar en paz á mis mayores,
Ya que el éxito sólo hace propicia
Eso que el hombre llama su justicia...

Hay en mi cuerpo sendas inscripciones,
Motes, armas... ¡juguetes de marino!
Que revelan mi nombre, mi destino
Mis abuelos, mis padres, sus blasones:
Y á Satán doy el alma, pero al hombre
Ni confío mi cuerpo, ni mi nombre.

Si quieres de mi brazo estar seguro
Presta, Álvar, el solemne juramento.
O juras rescatarme, ó no consiento
En vencer ni en morir.

ALVARO.

Pues sí lo juro
Por las cenizas de mi padre, ofrezco
Que rescato tu cuerpo, ó que perezco.

WALTER.

Todo está hecho.

ALVARO.

Al despuntar la aurora
Estarás preso; parte sin demora
Urge el tiempo; mañana en la ribera
Del Cauca, vaga errante y conturbado,
Como quien busca titubeando un vado.

WALTER.

Hasta mañana al alba...

ALVARO.

¡Pero espera!

Lleva este anillo: ¡es prenda de respeto!

WALTER.

Mi sólo talismán es el secreto.

...

¡Se fue! La guardia ronda, Álvaro vela;
Y apenas raya el esperado día,
A vista del despierto centinela
Wálter por la ribera aparecía.
Detenido, á las súplicas apela;
Juzgado, es condenado como espía.
Así disfraza el déspota discreto
De mártir á su cómplice secreto.

Aquel tirano suspicaz y grave
Las duras artes del gobierno entiende;
Rebelde antiguo, demasiado sabe
Que del secreto su éxito depende.
Al vulgo sólo obedecer le cabe,
Y de su labio y de su ceño pende
La armada multitud, que su absoluta
Voluntad ni resiste, ni disputa.

Él solo el premio y el castigo ordena,
Junta, altera, disuelve las legiones;
Su voz urge á la turba, ó la refrena,
Excitando ó templando sus pasiones
Su voz remacha ó rompe la cadena,
Y su voz abre ó cierra las prisiones:
Así, cuando don Álvaro lo quiere,
Fúgase el preso, el centinela muere.

La fama de que un pobre misionero
Está expuesto á la muerte y á la afrenta,
Cunde por la ciudad: el pueblo entero
De la noticia tiembla y se lamenta;
Y el prestigio del falso prisionero
Con romancescas fábulas aumenta
La víctima futura, que al santuario
Va á orar por el futuro victimario.

Tal es el mundo: nunca conocemos

Á quién hemos de odiar, ni á quién amamos;

En pos del mal sin término corremos,
Y necios ir detrás del bien pensamos;
Rogamos por el mártir que no vemos,
Y al amigo mejor sacrificamos;
Fiamos en la hipócrita apariencia,
Y sólo para errar tenemos ciencia.

CUADRO SÉPTIMO

EL ERMITAÑO

Entre la sombra solitaria y fría
De la apartada y secular montaña,
Sin más bienes que el cielo y su cabaña,
Vive un varón en honda soledad.
La férrea mano del dolor marchita
Los blancos lirios de su clara frente,
Mas su mirada reverbera, ardiente
Con el vigor de la primera edad...

Tal vez su vida el porvenir encierra;
Tal vez de Dios la previsión divina
A cumplir sus decretos le destina;
Y tiene su arma y su instrumento en él.
¿Quién comprende al Señor? Él eslabona
Nuestras acciones; y su diestra lanza
Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
Del Universo, y equilibra el fiel.

Ora ante el cesto en que Moisés naufraga
Un leve junco sobre el Nilo tiende,
Y de ese junco el porvenir suspende
De la raza bendita de David;
Ora parece deteniendo el astro
Que dirige al ocaso su carrera,
Porque su luz derrame en la pradera,
Y el pueblo de Israel siga en la lid.

Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,
Que el tiempo está por lindes circunscrito;
Dios, para quien lo eterno y lo infinito
Sólo atributos de su esencia son;
Dios, que esconde su fin, no en lo futuro,
Que lo futuro á ser para Él no alcanza;

Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,
Que sólo hay presente para Dios;

Sí; Dios se digna gobernar al hombre,
Porque todo lo abarca: Él es perfecto,
Y da leyes al sol como al insecto,
Y cuida al ángel y al gusano vil;
Todo lo crea, y lo gobierna todo
Ya de mundos innúmeros tachona
El cielo, ya los reinos eslabona
Á la suerte de un hombre ó de un reptil.

Muerda á Colón un áspid, y el destino
Cambia del Universo: los millones
Que han venido á poblar nuestras regiones
No serían siquiera los que son.
Rómpase el débil cáñamo en que cuelga
La madre á Fulton en su pobre cuna,
Y la industria del mundo, y su fortuna,
Quedan, porque él no piensa, en la inacción.

Como al contacto eléctrico se cimbra
Una cadena de extensión inmensa,
Del genio al soplo se despierta, y piensa,
Y obra, y corre al poder la humanidad.
Para toda medita Galileo,
Y el ciego Homero para toda canta,
Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,
Enseñan para toda, la verdad.

Una es la humanidad. Ibero y chino
Y colombiano y tártaro remoto
Navegan juntos; mas del mar ignoto
Dios sólo el rumbo y los escollos ve;
Y porque Él solo es sabio, y Él conoce
Solo del puerto el último reparo,
Alza en la mar, por nuestro bien y amparo,
El faro inextinguible de su fe.

Entre tanto el filósofo presume
Que la dicha con números calcula,
Y en balanza sin fiel pesa y regula
Los átomos de bien y de salud.
¡Necio! sólo una regla hay para el hombre
El crimen siempre á la desgracia induce,
Siempre á la dicha la virtud conduce,

Siempre la fe conduce á la virtud.

Con la fe vuela Codro al matadero
A salvar á su pueblo del dorianos;
Con la fe vence al persa el espartano,
Resiste á Roma el scita con la fe.
Sócrates, al sentir el zumo ingrato
Del veneno mortal helar sus venas,
Ríe dejando á su querida Atenas,
Porque otra patria tras la tumba ve.

Ante los doce de Yatreb, que anuncian
De un Dios único y grande la doctrina,
La muchedumbre idólatra se inclina
Cual se inclina la espiga al huracán;
Y al brillo de sus corvas cimitarras,
Y pidiendo á la muerte el paraíso,
Entre Brahma y el Cristo, de improviso,
Le alzan su trono anchísimo al Corán...

¡Salve! ¡insigne virtud! Tú, que pudiste
Obrar tantos milagros de pagana,
¿Qué no harás, si pacífica y cristiana
Iluminas al mundo con tu luz?
¡Tú, que al Dios bueno á conocer enseñas,
Tú, que pudor y caridad inspiras,
Tú, que arrancando al corazón sus iras,
Unes al Universo con la Cruz!

Sin ti se agita estacionario el chino
Entre mares de oprobio y de riqueza;
Sin ti levanta apenas la cabeza
El polígamo y laso musulmán;
Y los indos, en castas separados,
Desconociendo tu igualdad sublime
So el peso del bretón que los oprime,
Bárbaros son, y en la ignorancia están.

¡Oh! Si el pueblo de Cristo es solo grande
Si para hacer viajar su pensamiento
Ha arrebatado el rayo al firmamento;
Si puede al mar y al huracán vencer;
Si el Universo entero se somete
Al vigor de su espíritu fecundo,
En tu doctrina santa ¡oh luz del mundo!
El secreto ha de estar de su poder.

¡Ven, por piedad! ¡No dejes de mi patria
El verde valle, la tendida loma;
Guárdale su pureza de paloma
A la nación cristiana en que nací!
Guárdala, y en las ondas bienhechoras
De tu corriente pura y cristalina,
Purifica á la, raza granadina,
Para que medre deleitada en ti.

Sí, ¡ven! De Dios en el designio sabio
Nada hay desordenado ni violento
El progreso del hombre es un portento
De tu tranquila y natural acción.
¡Ven! inspira á este mísero ermitaño,
Que su dolor y lágrimas oculta
En esta selva solitaria, inculta,
Para que salve al mundo de Colón.

¡Pobre eremita! La aflicción agobia
Su frente melancólica y sombría,
Y hasta su risa, cuando asoma, es fría
Como la luz de hoguera funeral;
Y vive como el águila, alcanzada
De flecha aguda, que orgullosa emprende
Su vuelo al monte, y solitaria tiende
Al punzante dolor su ala imperial.

Su mirar, ora vago, y ora fijo,
Y el amargo sarcasmo de sus labios
Revelan su pesar por los agravios
Que de su hermano, el hombre, recibió;
Pero sólo es pesar: noble en su orgullo,
Huyó el placer de la venganza impía;
apartado del mundo, en su agonía,
A Dios por sólo protector buscó.

Odio no siente: el odio le atormenta;
Por placer ama, por virtud perdona;
Y hasta al amigo infiel que le abandona,
Recuerda compasivo en su desdén
De la Natura admirador, en ella
Busca de su conducta el alto ejemplo,
Y es su inocente corazón un templo
Que el mal no mancha y que perfuma el bien.

Tienen á veces lágrimas sus ojos,
Y por su grave rostro buscan paso
Cuando, con el crepúsculo al ocaso,
Entona el toche su postrer canción;
Al pajarillo huérfano, al insecto
Protege y cuida su piadosa mano,
Y ataca al tigre de su fuerza ufano,
Y roba sus cachorros al león.

Hay en su albergue rústico y angosto,
Tallado en bronce, un santo crucifijo,
A cuyos pies el solitario fijo
En ferviente oración postra la faz.
Sin obtener alivio, ó sin pedirle
Quizá con fe sincera y esperanza,
Dos sentimientos á hermanar no alcanza:
Guerra consigo, y con el cielo paz.

Porque extraviado por la ciencia vana
Interrogó la misteriosa y muda
Verdad del Increado, y de la duda
Hundióse en el abismo aterrador.
Rota la fe, no hay vinculo bendito
Que á Dios nos una: sin piloto vamos,
Y del delito en los escollos damos,
Que oculta el mar funesto del error.

Penden á un tronco, de diversas ramas,
Quizá objetos de culto á su memoria,
Quizá recuerdos de pasada gloria,
El terso casco y el bruñido arnés
El arcabuz y la templada espada,
Con solícito esmero aparejados
Están en cruz, á la pared colgados,
Bajo un negro y espléndido pavés.

Pace un potro robusto en la explanada
Frente á su choza, y sobre el tronco inmoble
La da su sombra protectora un roble,
Del huracán y el tiempo vencedor
Y libros tiene, y el papel amigo
En que la hiel del ánima derrama,
Pensando acaso que á la eterna fama
Legará con su nombre su dolor.

Las aves libres, que del hombre evitan

El sanguinario destructor instinto,
De su choza al pacífico recinto
Suelen albergue y protección pedir;
Y el ermita acaricia deleitado
Aquellos seres, que en su torno vuelan,
O, en sus hombros sentados, no recelan
Que él los pretenda esclavizar ni herir.

Sin más consuelo, en soliloquio eterno
El solitario se habla y se responde;
Huye del mundo en la selva esconde
De la enemiga humanidad su hiel.
Y les habla á los árboles, y goza
En hacer que repliquen á su acento
Los ecos, que, en fantástico contento,
Cambian sus notas rústicas con él.

A veces suele armarse, y cabalgando
El noble potro á su querer sumiso,
Por la selva se interna de improviso
Abandonando su mezquino hogar;
Y veredas incógnitas trillando,
Visita precipicios y torrentes,
Cuyos arroyos túrbidos é hirvientes
Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelta,
Ancha su espalda, leve su cintura;
Descúbrese en su elástica figura
La agilidad robusta del león;
Velan su rostro, en rizos de azabache,
La escasa barba y luenga cabellera;
Lanzan sus negros ojos la certera
Y atrevida mirada del halcón.

Hicieron ya las armas su embeleso;
Mas de su vida el misterioso hilo,
Por qué le niegue la ciudad asilo,
Nadie saber pretende ni inquirir.
Ser generoso, el bárbaro le admira
Y cuida con benévolo respeto,
Que de su vida el mísero secreto
No llegue el vencedor á traslucir.

¡Precaución vana! La hora se aproxima
De prueba para él, no hay paz ni calma

Cuando la espina del amor del alma
No abandona á su víctima jamás.
Él ha servido á su opresor, y al malo
Ningún favor ni beneficio liga
Con más tesón que el mal, el bien castiga
La ingratitud, porque le pesa más.

CUADRO OCTAVO

LA CARTA

Era la tarde. Pálido teñía
La selva el sol con su postrera lumbre,
Y con sentida y blanda pesadumbre
Gorjeaba el ruiseñor su último adiós.
La leve brisa apenas susurraba;
Murmuraba tranquilo el arroyuelo;
Y el puro azul del infinito cielo,
Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta
El postrimer arrullo despedía,
Y al arrullo, arrullando respondía
El compañero oyéndola quejar.
Cantó ya el toche el himno de la tarde;
Blanda bajó la mirla al grato nido;
Y despidióse el cóndor afligido
Del sol que se hunde en el lejano mar.

¡Escuchad! ¡Una planta misteriosa
Resuena de la selva en la espesura!
¿Quién huella osado la montaña oscura
Al despedirse el último arrebol?
Cuando, en el horizonte adormecido,
Luenga dibuja la expirante sombra,
Sobre la verde y esmaltada alfombra
Lánguido y tibio el desteñido sol.

¿Quién turba el melancólico reposo
De la desgracia? - De sorpresa herido,
Deja escapar un tétrico bufido
Sonoro y ronco el ágil alazán;
Luego, trotando en torno, las orejas
Perfila hacia adelante, y enarbola

Tendida en pluma la poblada cola
Al partir con atónito ademán.

Se inclina en tanto el solitario absorto
A la lumbre del rayo vespertino,
Sobre un apolillado pergamino,
En el umbral de su mezquino hogar.
Vuelve al rumor insólito, ve un hombre
Y oye decir: - ¡Gonzalo!... te lo ruego,
¡Huye! -¿Y porqué he de huir?- ¡Toma! Este pliego
Te va el secreto horrible á revelar.

- ¡Paz! - replica el ermita; el pliego toma
Y á la llama oscilante y mortecina
De solitaria lámpara, se inclina,
Ve el sello, y se estremece de terror.
¡Qué recuerdo fatal le sobrecoje!
¡Y cuántos ¡ay! se agolpan repentinos,
Vivos, abrasadores y continos,
Cual lavan de volcán abrasador!

Su mano tiembla. El hombre generoso
Que á buscar vino la infeliz morada,
En él fija la atónita mirada
Y parécele sueño lo que ve.
- ¿Es éste - exclama - es éste, por ventura,
Aquel Gonzalo de invencible lanza,
De nuestras armas lustre y esperanza
En los combates cuya gloria fue?

Mírame: soy el que salvaste en Pasto
Cuando por Rumipamba sus campeones,
Escoltados de innúmeras legiones,
Nos agobiaron en sangrienta lid.
Yo soy aquel Hernán, Hernán, tu amigo.
Yo sé, Gonzalo, tu infeliz historia,
Y tengo corazón, tengo memoria,
Y eso y la vida te lo debo á ti.

¿No te acuerdas de mí? Di, ¿no recuerdas
Que sólo al enemigo te lanzaste,
Y que mi cuerpo al bárbaro arrancaste,
Dándome á mí la vida, el triunfo al Rey?
¡Mírame aquí! Mi deuda pagar quiero,
Vengo á seguir ó á mejorar tu suerte.
Vida por vida doy, muerte por muerte

Gratitud y venganza, ésta es mi ley. -

Sí - repone Gonzalo; - ya recuerdo
El día triste, la batalla fiera,
Pero el que cumple su deber, no espera
Ni se le debe gratitud. ¿Por qué?
Era yo el jefe y responsable solo
Tú perdiste el caballo... ¡Oh ! no te asombre
Que por primera vez sepa tu nombre,
Antes por él jamás te pregunté.-

- Pues soy Hernán: te debo la existencia.
Hora ¿puedes dudar que soy tu arraigo?
¡Ea! ya me conoces. ¡Ven conmigo,
Voy á ser tu guardián y tu sostén.
Allá está tu opresor, acá tu hermano;
Ven al campo de Álvar! - ¡Fuera delito!
- No lo es que busque el infeliz proscrito
Vida y venganza... ¡Ven! - No puedo. - ¡Oh, ven!

¡Hernán! ¡Hernán! ¡y juzgas por ventura
Que cuando es perseguida la inocencia,
La venganza, la infamia y la violencia,
Se pueden oponer á la opresión!
¡Soy español! Mi honor, mi Rey, mi Patria
Antes que todo. De escuchar me indigno
Tu idioma, Hernán. A todo me resigno
Antes que descender á la traición.

¡Déjame! ¡Adiós!- Hernán avergonzado
Deja la choza, y el ermita exclama
¡Oh España! ¡España! ¿Dónde están tu fama,
Y de honor y lealtad tu gran caudal?
¿Dónde están, cuando un hijo de tu suelo
Osa invitarme al crimen, porque piensa
Que para mi venganza y mi defensa
Aun la traición es justa y natural? -

Y los ojos en lágrimas bañados
Puso en la carta, y trémulo la vía;
Pero el sello á romper no se atrevía,
Cual si á la realidad tuviese horror.
Rómpele al fin, y lee, y ardiendo en ira
Repítese cien veces la lectura,
Y apura ciento el cáliz de amargura,
Que es un placer jugar con el dolor.

Hay un lujo en sufrir: es grato hartarse
De la angustia que punza y atormenta,
Y á cada nueva faz que nos presenta
Meditar más para mejor sentir.
El corazón convulso, en su despecho,
Renovando sus penas se embelesa,
Como la tigre, que al soltar la presa,
Sólo la suelta por volverla á herir.

...

«A GONZALO.

«¡Huye!... Mi mano trémula, la pluma
No acierta á gobernar, y estremecida
Tiembra sobre el papel, cual ave herida
Bajo la flecha aguda que la abrumba.
Nunca quise escribirte: hoy te escribiera
Si el universo entero se opusiera.

»¡Figúrate cuál es mi pesadumbre!
Traidor una sentencia te proclama,
Traidor todo el ejército te llama;
Y antes que el sol el horizonte alumbre,
Al sepulcro que te abre tu enemigo
Bajará el nombre de traidor contigo.
»¡Ay! Aquel bando infame y temerario
Hace saltar mi corazón de enojo,
Y al lado de la víctima me arrojo,
Sin pensar en quién es el victimario...
Y nada temo ya... de cualquier modo
¡Vive!... con esta voz lo digo todo.

»Mientras pensé que muerto te creía
Nuestro opresor cruel, yo respiraba
Y, sin amarte, á solas envidiaba
La montaña feliz que te escondía...
Ojalá desde entonces hubieras muerto,
Y hoy no te viera de baldón cubierto.

»No sé qué me sucede... Me parece
Esta carta un delito, aunque no quiero
Sino salvarte, y nada más espero...
Tal vez estaré loca. Se estremece
Todo mi cuerpo. Yo no sé qué siento.

Amor... no puede ser, pero es tormento.

»Tu existencia es el mar donde termina
De todos mis recuerdos la corriente
Yo soy el triste sauce, tú la fuente
Que me refleja en su onda cristalina;
yo te busco como busca el cauce,
Ay! de su arroyo el solitario sauce.

»¡Gonzalo! al contemplarte deshonorado
Yo me olvido de todo y de mí misma;
En ti me ser, á mi pesar, se abisma,
Y en tu desdicha inmensa concentrado,
A ti sólo te busca, sí, á ti sólo
Yo soy como el imán; tú eres mi polo.

»¡Ah! quizá las mujeres españolas
Que el bautismo reciben en la cuna,
Tendrán más fortaleza y más fortuna;
Pero nosotras, bárbaras y solas,
Sin auxilio en la infancia, no logramos
Olvidar nunca al que una vez amamos.

»Te veo herido en sueños, y me inclino
A restañar la sangre de mi dueño,
Y al compás de tu voz late en el sueño
En convulsión mi seno femenino,
Y me duermo por verte, sin pecado,
Porque dormida sueño en lo pasado.

»Salvador de mi Carlos, nunca olvido
Que arrancaste á mi hijo de la hoguera.
¿Qué fuera yo sin ti? ¿Dónde estuviera
Sin ti, su redentor, mi hijo querido?
¡Oh! ¿cómo ha de ser crimen escribirte,
Ni por el bien que hiciste bendecirte?

»Que me calumnie el mundo: no me importa.
Que dude tu opresor de mi inocencia
Hay una voz secreta en mi conciencia
Que á agradecer y redimir me exhorta.
Un poder invisible en tu camino
Me arroja, y obedezco á mi destino.

»Antes me estremecía el pensamiento
De escribirte, Gonzalo; y hoy en suma

No tengo más consuelo que mi pluma;
Y aunque mil veces arrojlarla intento,
Es imposible. Mi existencia entera,
¡Ay! derramar sobre el papel quisiera.

»Mas no pienses por eso que te quiero;
Si agradecida soy, no soy liviana;
Conozco lo que exige el ser cristiana,
Y ante mi dulce Redentor espero
Dejar el alma, de su mano hechura,
Sensible sí, pero inocente y pura.

»Hernán lleva esta carta, y yo me quedo,,
Lejos de ti, temblando por tu suerte.
Me cambiara por él, ¡que puede verte!
¡Ay! pero apenas envidiarle puedo.
Sálvate, aunque Fernando me convenza
De haberte escrito... ¡Oh, sálvate!

Pubenza»

CUADRO NONO

EL CABALLO

Mientras Gonzalo la aflictiva carta
Con voz cortada y trémula leía,
Hernán abandonarle parecía
En el delirio de su acerbo afán.
Lee, y dejando atónito su albergue,
¡Hernán! ¡Hernán! gritando, el monte atruena,
Mas sólo el eco, que le burla, suena
De lejos repitiendo: *¡Hernán! ¡Hernán!*

¡Pubenza! iba á decir; mas la palabra
Muere en su labio, cual la pura gota
Que, entre la escarcha, del peñasco brota
Y se hiela al salir del manantial.
Se arma maquinalmente, y dando fuego
Asu cabaña mísera y pajiza,
Goza en ver reducidas á ceniza
Trovos, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada

Cruza un desesperado pensamiento,
Y concibe frenético el intento
De morir y dar fin á su dolor.
¡Yo traidor! dice; el eco le remeda;
¡Traidor! el desdichado repetía;
¡Traidor! el monte á repetir volvía
Entre sus rocas ásperas, - *¡Traidor!*

Sintió dolor, sin obtener alivio;
Ardió en rencor, sin pretender venganza;
Lloró de amor, sin fe, sin esperanza;
Llamó á su Dios, su Dios le desoyó.
La gloria cortejó, le huyó la gloria;
Al hombre condolió, y él le maldijo;
Buscó un asilo entre la selva fijo,
Y el eco de la selva le infamó.

Y ya gastada en la perpetua lucha,
Desmaya al fin la humanidad vencida,
Arrastrando en su rápida caída
El alma que sucumbe á su pesar;
El alma, por el polvo gobernada,
Que se deja llevar lánguida y floja
Cual por el huracán la seca hoja,
Como el alga liviana por el mar.

- ¡Ven, mi alazán! - prorrumpe el desdichado,
- Ven por la última vez, sírveme ahora,
Y este cancro mortal que me devora
Hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,
Nada que me detenga aquí en el mundo,
Y si contigo en los infiernos me hundo,
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar: es imposible
Sufrir la ingrata, abrumadora carga
De esta existencia degradada, amarga,
Que no puede á la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
Mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que sólo al delito el mundo halaga
Huyamos de él; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como Anteo.
En vano con mis hechos la confundo;

Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo
Y vuelve más pujante á aparecer.
Adiós, ¡oh Patria! Por haberte amado
He perdido mi honor, ¡estoy proscrito!
Sí; amarte demasiado es el delito
Que me hace hasta la infamia merecer.

¡Todo cede á la astucia! El vulgo es eco
¡Ciego como esa roca que me infama;
Me oye llamar *traidor*, traidor me llama
Y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio...
Va á maldecirme España... Eso es la historia;
Eso vale tu infamia, eso tu gloria;
Esos tus fallos son, ¡Humanidad!

¡Ven, mi alazán! - Y rápido se arroja
Sobre el corcel; le aguija con fiereza,
Y atraviesa veloz por la maleza,
Desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
El caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanza
Van corcel y jinete. ¡Adiós! ¡Adiós!

Salva el caballo a saltos los arroyos
Llevando entre los dientes el bocado,
Y, del rudo acicate atormentado,
Va su escape aumentando sin cesar:
La rienda tiesa con entrambas manos
Lleva el jinete; la entreabierta boca
Del fogoso animal los pechos toca,
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña
Raudo torrente, que de breña en breña,
De una sima a otra sima se despeña,
Y como en un sepulcro va a correr.
Ronco, rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedrejones,
y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden

Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Vese relampaguear la catarata
Cuando, en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho, al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,
Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor:
El águila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida:
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole impávido, el condor.

En la inferior región, el triste búho,
Cual visión vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala,
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hacia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina
Del noble potro la carrera audaz.

Álzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do, por senda torcida, se derrama
La arena, y forma vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbito al potro en la pendiente para,
Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja
Su lengua sombra en la pardusca roca,
Vese mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.
Mas luego con desdén suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,
Y con la mano trémula de ira
A los cielos parece amenazar.

¡Mas vedlo allí! ¡Que ya otra vez asoma
Dominando el altísimo peñasco!
¡Oh! ¡Cuál relumbra el argentado casco
Sobre el manto de negro vellorí!

¡Adiós! ¡Adiós! ¡que rápido galopa,
El corcel empujado hacia el abismo!
¡Adiós! ¡Adiós! ¡que en un instante mismo
Muerte y alivio va a buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
Contempla ufano el vórtice profundo
De la sima espantosa, do iracundo
Hierve el torrente en turbio borbotón
- ¡A morir! - grita en éxtasis demente;
Pero ante el borde, que a su peso cede,
El caballo espantado retrocede
Sordo a la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembla de pies y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brotando de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole a espolazos,
- ¡Oh! mil veces cobarde y maldecido
- Exclama el castellano enfurecido:
- ¡Quieras o no, conmigo morirás!
- Y al acero llevando la impía diestra
Va a desnudarle, el alazán lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente,
Salta a derecha, a izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pie sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va:
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,
Se azota y se alza, y clávase, y palpita,
Y bufar ronco, y la cerviz agita;
Mas siempre a plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí...
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura

Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda,
Bajo su peso, el caballero allí.

Rueda por largo trecho enmarañado
Entre el arzón y estribo maldiciendo;
Sordo retumba el monte al bronco estruendo,
Y húndese el mundo en sepulcral pavor.
Las alas leves al silencio extiende,
Sobre él descende a guisa de fantasma,
Y acento, aliento y pensamiento pasma,
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Hele allí bajo el manto de la noche!
¡Entre el ser y la nada suspendido!
¡Sin el corcel, que en libertad ha huido!
¡Con la vida! ¡no ha podido ni morir!
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchita!
¡Sin descanso! en desmayo solamente;
¡Que no descansa quien dolor no siente,
Sin morir, sin pensar y sin vivir!

CUADRO DÉCIMO

LA VISIÓN

Entre diáfanas nubes columpiada
La luna solitaria, reverbera,
Como la blanca virgen prisionera
Al través de la reja del harén.
Los juguetones céfiros süaves,
La cubren luego con flotante velo
De móvil gasa, que el cristal del cielo
Va empañando con trémulo vaivén.

Desparece su disco lentamente
Entre nieblas sin formas ni colores,
Y muertos sus postreros resplandores
Se condensa doquier la oscuridad.
Ya de luz vaga entre las turbias olas
El hondo espacio apenas se columbra,
Cual tras del tiempo el corazón vislumbra,
Sin principio, sin fin, la eternidad.

Y ora las nubes, que amontona el cierzo,
De aquí, de allí, se buscan y se hallan,
Se apiñan, se condensan, y amurallan
Negras, cielos y tierra en derredor.
Recoge entre sus alas tenebrosas
La noche al mundo; crujen con estruendo
En el monte los árboles, cediendo
Al ímpetu del viento zumbador.

Y reina luego la presaga calma:
Que asume la tormenta pavorosa
Cuando en quietud solemne se reposa,
Cual queriendo sus iras concentrar.
Y el aterrado mundo aguarda el rayo,
Como, en silencio, el botafuego ardiente,
Aguardan el combate, frente á frente,
Dos escuadras tendidas sobre el mar.

En el breve paréntesi, aun la brisa
Quieta y suspensa entre las hojas calla;
Pero parte el relámpago, y estalla
El trueno, y zumba el huracán del sur:
Tierra, aire y cielo abarca en su carrera;
El cóndor se horripila en su peñasco;
Busca el león del monte el hondo casco;
Entra á su cueva el escamoso albur.

Brama rodando á la merced del viento,
De la noche en el negro y hondo seno,
Sobre el carro arrastrado por el trueno,
Lanzando rayos, la alta tempestad.
Restallan rotas con fragor las nubes;
De su seno el granizo se desploma,
Y ni vampiro, ni reptil asoma
Del mundo á perturbar la soledad.

Forma la lluvia rápidos torrentes
Que hirviendo ruedan sus bramantes ondas;
Ya despeñados en cascadas hondas,
En crespos lagos detenidos ya;
Y venciendo el furor de sus raudales,
Y las rocas atlético escalando,
Entre la espesa oscuridad errando,
Hernán de prisa por la cuesta va.

Por la luz del relámpago alumbrado,

Envuelto entre el furente torbellino,
Del peligroso y áspero camino
Los obstáculos vence por doquier;
Y sigue, y sigue impávido la senda
Que ya salvó Gonzalo en su carrera;
Cual si el dedo de Dios le condujera,
Sigue sin vacilar y sin temer.

Arriba el choque eléctrico del rayo
Rompe las rocas, y á la luz del lampo,
Cunden piedras y troncos por el campo
Retumbando del monte en el confín;
Y al estrépito horrendo, y al azote
De la lluvia, constante y borrascoso,
Alza como un espectro doloroso
cabeza, el caído paladín.

Y apoyado en la izquierda estremecida,
Y la faz levantando macilenta,
Si escucha, oye el bramar de la tormenta;
Si mira, ve del rayo el resplandor.
Y aunque su estoico espíritu relucha
Contra las iras del revuelto mundo,
Vuélvese á hundir en vértigo profundo
Vencido por la fiebre y el dolor.

Puéblase entonce el aura de figuras,
Y el espacio de insólitos sonidos,
Y oyen extrañas veces sus oídos,
Y extraña aparición sus ojos ven.
Tal vez de aquellas mágicas visiones
En la forma fantástica, inquieta,
Estén los raptos santos del profeta,
Y del mártir los éxtasis estén...

Si las vagas visiones de la mente
Nos parecen ensueños y quimeras,
Esas sombras errantes, pasajeras,
Forman parte también de la Creación;
Y al surgir, como larvas misteriosas
Ante la voluntad que las envía,
Á Baltasar sentencian en la orgía,
Y aperciben soñando á Faraón.

Abre Gonzalo atónito los ojos,
Y se los frota con la diestra inerme,

Y se pregunta si delira ó duerme,
Y volviendo á mirar, vuelve á dudar.
Dos mujeres de formas celestiales
Álzanse ante sus ojos fascinados,
Que, en arroyos de luz casi abrasados,
No pueden su presencia soportar.

Viste la una de blanco; y una antorcha
Lleva en la izquierda, y con la blanca diestra
Al adalid incrédulo le muestra
El cielo, única patria en que ella cree.
Llevada sobre el cóncavo arco-iris,
Que á sus costados en creciente asciende,
En él la forma virginal suspende,
Sobre el liviano y empinado pie.

Sus entreabiertos y rosados labios
Orar parecen: por su sien tremola
De luz inquieta mística aureola
Que anima y baña su radiante faz.
Piensa Gonzalo que en su rostro encuentra
Los rasgos de Beatriz, su dulce hermana,
Virgen bendita en quien la forma humana
Fue de un ángel purísimo el disfraz.

Y una casta matrona va siguiendo
De aquella virgen la oscilante estela,
Que entre las sombras plácida riela,
Y disipa la noche con su luz;
Grave es su traje, su ademán humilde;
Mientras camina, lágrimas derrama,
Y de oliva de paz lleva una rama,
Y la sirve de báculo la cruz.

Reman en torno al aura iluminada
Con sus alas de púrpura y de oro,
Tiernos infantes, y en acorde coro
Hacen vibrar las arpas de marfil;
Y como en ondas de apacible lago
Que agita apenas, sin rizar, el viento,
Van; y al compás del blando movimiento
Al aire dan su cántiga infantil.

Tiende la mano el adalid caído
Y muévela diciendo: - En nada creo
Esas formas fantásticas que veo

De mi delirio los abortos son.
¿Quiénes sois? ¿ Qué queréis? Si existe el alma,
La mía nada teme y nada espera.
- Yo soy tu Fe - contesta la primera;
Y la segunda: - Soy tu Religión.-

GONZALO.

¡Ea! ¡pasad, imágenes vacías
Que mi débil espíritu burláis!
Nada sois vos sino ilusiones mías
Que á vuestro mismo autor atormentáis.

Sois de la fiebre el engañoso invento,
Quiméricos delirios; nada más;
Abortos de algún vil remordimiento,
Que oculto mina mi valor quizás...

¡Ea! Pasad, fantasmas hechiceras,
Ayer buscadas, desechadas hoy;
Disipad vuestras formas embusteras,
Dejad que muera: ¡sin honor estoy!

Años enteros, á los pies del Cristo,
Perdón y gracia férvido imploré;
Pero venir, cual hoy, nunca os he visto
A sostener mi vacilante fe.

Mientras pasaron esos largos años,
De esta selva en la oscura soledad
Me oculté, y oculté los desengaños
Con que me atribuló la humanidad.

Y todo ser viviente ha recibido
De mi entusiasmo, admiración, amor;
Y á mi mismo opresor he redimido
Por hacerme propicio á mi Criador.

Entonces ¡ay! necesité de ayuda,
De auxilio superior necesité;
Mas la deidad á mi oración fue muda
Mientras sus pies con lágrimas bañé.

¡Oh! ¿por qué, para aliviar mi duelo,
No os presentasteis, sombras, como aquí?
¿Por qué no me mandó su auxilio el cielo

Cuando yo por piedad se lo pedí?

Decid, por qué, para agravar mi yugo,
Para afligirme, atribularme más,
El ser á quien más amo, es el verdugo
Que ha de decirme - ¡Deshonrado estás!...

¡Disipaos, fantasmas vengadoras,
Que venís á insultar la adversidad!
Sí; ¡pasad de tropel, como las horas
Que lanza el tiempo á la honda eternidad.

Antes pude creer, pero ya es tarde
Sin riego ha estado el árbol de mi fe,
Y, seco ya, del corazón cobarde
Yo con mi propia mano le arranqué.

La injusticia del hombre ha conseguido
Matar cuanto hubo generoso en mí
He invocado á mí Dios; me ha desoído;
Quiero morir, pues todo lo perdí.

CORO.

Si mueres, en tu tumba maldecida
Tus enemigos grabarán *Traidor*,
Y *Réprobo*, en el alma del suicida
Escribirá la mano del Señor

GONZALO.

¡Traidor! ¡siempre traidor!... ¡Ah! yo sediento
Gloria y honor busqué con frenesí,
Y conseguí la infamia y el tormento
En lugar de la gloria que pedí...

Si el suicidio es la puerta del infierno,
Tormento por tormento trocaré,
Y de un gran Dios bajo el castigo eterno
Al hombre vil siquiera escaparé.

Venga el infierno, y venga de otro modo;
No puedo el de la infamia soportar.
Ya de mi ser no queda más que lodo;
No tengo honor; no tengo qué guardar.

Hasta Jesús en su virtud ileso,
¿Y de mi qué se dice? preguntó.
¿Cómo no ha de agobiar al hombre el peso
Que pudo casi estremecer á Dios?

CORO.

¡Virgen angélica
Del alba túnica,
Al hombre mísero
Ve por piedad!

Benigna muéstrale
Su senda única
Á la luz célica
De tu verdad.

¡Ven, ser magnánimo!
Disipa el vértigo,
Que agita trémulo
Su corazón;

Y vuelva su ánimo;
Del vicio émulo,
Sano y enérgico
A la oración!

GONZALO.

¡No, no más oraciones humillantes!
Yo he sabido adorar, no sé temer;
Hoy ni temo ni adoro como antes
¡Disipaos, dejadme perecer!

LA FE.

No: yo jamás consentiré en que mueras.
Dios á alumbrar me manda tu camino;
Sigue, hermano, la senda que ilumino.
Yo soy feliz, y al bien te llevaré.
Vengo del cielo, donde el alma, libre
Del peso vil de la materia grave,
Todo lo puede ver, todo lo sabe,
Lo que será, lo que es; y lo que fue.

Ten, Gonzalo, valor: mi Dios protege

Al infeliz que en su justicia espera
Y persiste en la senda verdadera
Que de la fe conduce á la salud.
Si tu opresor se obstina en degradarte,
No le temas por más que te persiga,
Porque el crimen se gasta, se fatiga,
Y sucumbe en la lid con la virtud.

De embriagarse en la sangre de un infante
Los primeros cristianos acusados,
Fueron por el tirano deshonrados,
Que muerte infame en su furor les dio;
Y reos del fantástico delito
Los creyó el mismo veleidoso mundo,
Que de amor luego en éxtasi profundo
Altars á su gloria levantó.

Con agua de la fuente de su ciencia
¡Oh! lava de tus párpados la duda,
Para que puedas ver limpia y desnuda
La gloria mundanal de su oropel,
Y entrar libre en el templo de la vida,
Donde el honor jamás se menoscaba,
Donde jamás nuestro deleite acaba,
Y reina Dios y la virtud con Él.

Inmortal eres, inmortal el hombre
Que te calumnia. Hay Dios: si no existiera,
Impunemente perseguir pudiera
A la inerme inocencia el opresor;
Mas no lo hará; que el poderoso muere
Como el pobre mendigo, en su abandono;
Y el rey en el sepulcro deja el trono,
Como su choza el tímido pastor.

No, no lo hará; que en su balanza justa
Pesa mi Dios virtudes y delitos,
Y á los que fueren por su amor proscritos,
Por cima de los reyes alzaré.
Del Edén en las puertas deliciosas
Cesan las jerarquías mundanales
Allí todos los hombres son iguales,
Y premio sólo á la virtud se da.

¿No es tu propia desgracia un argumento
Contra la fama que dispensa el hombre?

Di ¿quiénes manchan, sin rubor, tu nombre,
Sino la envidia vil y el interés?
Y, si en lugar de infamia, honor te dieran,
Fuera también el interés su guía,
Que la versátil muchedumbre impía,
Aun siendo justa, interesada es.

¿Y quieres gloria, hermano? ¡Oh! ¿qué es la gloria
Que el mundo puede dar? ¡Ruido de un día!
¡Pide á la inmensa fábrica sombría
De Asirio, Medo, Egipcio, una verdad!
Reyes, historia, pueblos perecieron;
El torrente del tiempo con sus olas
Lavó las letras, y en las piedras solas
Queda apenas soberbia y vanidad.

Breves siglos bastaron: en la arena
Yace sepulto el místico alfabeto
Huella el camello el ara, que el respeto
Quizá del orbe entero consagró.
Sobre la vasta mole derruida
Tiende el olvido el ala silenciosa,
Y epitafio elocuente es cada losa
Del orgullo infeliz que la labró.

¿Y aquí qué queda? Un pueblo de gigantes
La América adornó de polo á polo,
Y hoy las ruinas entre el monte solo
Cuentan apenas que ese pueblo fue.
De la raza de Cíclopes que puso
En tantas Babilonias su grandeza
Nada queda, y el bárbaro tropieza
Con la fábrica muda, y no la ve.

Tal es la gloria humana. Los imperios
Del tiempo entre los pliegues arrastrados
Los unos por los otros empujados,
Brillan, pasan, se olvidan sin cesar;
Y la gloria del hombre es lantejuela
Por el orgullo el arenal fiada,
Cabe un mar borrascoso abandonada,
Y ahogada por la arena y por la mar.

¡Hermano! y tú, para probarte digno
De esa vana apariencia transitoria
Que el lenguaje del mundo llama gloria,

¿Vas del suicidio desalado en pos?
¿No ves que justificas, desgraciado,
El mismo bando que tu nombre empaña,
Y que bien pudo renegar de España
El que se atreve á renegar de Dios?

Si murieras, tu cínico verdugo
Dijera: - Le venció el remordimiento,-
Y hallará en tu suicidio el argumento
Que hora falta á su negra acusación...
¡Oh! si no puedes defenderte vivo
Y el campo del honor dejas desierto,
¿Quién la defensa emprenderá del muerto
Que agregara el suicidio á la traición?

¡Pobre Gonzalo! aunque al honor del mundo
Aspires sólo, tu cobarde muerte
En la opinión del mundo irá á perderte,
Que él al temor su admiración no da.
Ni el cielo tiene caridad que alcance
Para el cobarde, ni piedad el hombre;
Y si viviere del suicida el nombre,
Entre risa y sarcasmos vivirá.

Muera el estoico en duda de si el alma
Tiene otro estado próspero y dichoso,
diga : - O en la nada está el reposo,
O en la inmortalidad la Libertad. -
Pero viva el cristiano en la desgracia
Por la inicua calumnia perseguido,
Diciendo : - Mi *deber* no está cumplido
Mientras pueda servir la humanidad. -

Huya aquél del dolor, y en su egoísmo
Lance el sarcasmo á la familia humana,
Y á los tiranos, cuya fuerza vana
Reduce á la impotencia con morir.
Corteje éste al dolor: perdone, y ame
La mano del traidor que le maltrata,
Y bendiga al llorar su raza ingrata
Que el mismo Dios le enseña á redimir.

Si la virtud nadara en el deleite;
Si el justo con su mérito proscrito
No fuese por el vicio y el delito,
Y no odiasen los hombres la verdad,

La virtud, sin dolor, ni sacrificio,
Ya no fuera virtud, cálculo fuera;
Y en seguirla magnánimo no hubiera,
Ni heroísmo, ni honor, ni aun libertad.

La misión de los buenos en la tierra
Es hacer bien al hombre mientras vivan,
Y bendecir el mal que de él reciban,
Y con amor su ingratitud pagar,
Para que al fin la humanidad rebelde
Por el constante ejemplo entusiasmada,
De tanto ser amada y perdonada
Pueda aprender a perdonar y amar.

Porque sin fe, del interés movida
Y obedeciendo á su razón espuria,
El mérito detesta, y en la injuria
Se deleita la humana multitud...
¡Contempla en aquel breve panorama
De tu linaje la infeliz historia!
Ésos son los anales de la gloria
Con que premian los hombres la virtud.

¡Mira! -
Y ante sus ojos como en confusa fila
Los siglos van pasando de crímenes preñados,
Y muéstranle los hombres que fueron calumniados,
Y atribuló demente la ciega humanidad.
Los unos perseguidos por bárbaros monarcas,
Otros por las repúblicas burlados y malditos,
Y todos infamados y muertos ó proscritos
Tan sólo porque osaron dar culto á la verdad.

De Fidias el ingenio en cárcel tenebrosa
La veleidosa Atenas mantiene aprisionado.
Ladrón le llama el pueblo, y el hombre inmaculado
So el peso del oprobio perece de aflicción.
Arístides y Sócrates y el triunfador Milcíades
Padecen por el pueblo, y el pueblo los castiga,
Y Corbulón, y Séneca, y Tráseas, enemiga
Encuentran ¡ay! la mano del déspota Nerón.

Allí, de harapos sucios cubierto el cuerpo apenas, Homero
Arrastra su desgracia un ciego pordiosero,
Y ese hombre anciano, trémulo, ese hombre ¡ay! es
Que va de puerta en puerta solicitando un pan.

Acá el divino Saulo su forma descarnada
Estoico yergue y noble en calabozo estrecho,
Y más allá Camoens en el pajizo lecho
Alcanza ¡ay! una muerte que desdijera á un can.

Aquí en destierro duro, el vate peregrino
Ausente de su patria idolatrada gime.
Y ¿quién es ése? - El Dante, el épico sublime
Que el Cielo y el Infierno y el Purgatorio vio.
Colón á España vuelve cargado de cadenas,
Y fijos en la tierra los humillados ojos,
Se postra ante sus reyes, y pídeles de hinojos
Perodón por su pecado - el mundo que les dio.

Los quince siglos últimos descúbreme sus senos,
Y en ellos, como de árboles, en densa palizada,
Nadar ve los cadáveres de aquella bienhadada
Familia de los mártires, ministros de Jesús;
Y ve que el orbe entero aplaude su suplicio,
Y ve que el orbe entero los juzga criminales
Y luego ve que el orbe, lavado en los raudales
De su bendita sangre, conviértese á la cruz.

Y el mundo con su historia parécele una vasta
Picota donde el genio y las virtudes gimen,
Y do el rencor, la fuerza, los vejan, los oprima
Porque del vulgo ínvido los bienhechores son.
Y sin embargo atónito observa que ellos solos
Alumbran de sus siglos el seno tenebroso,
Y son como pirámides, que en plácido reposo
Del tiempo mismo burlan la destructiva acción.

Luego le muestra en masas al Griego y al Romano;
Que hicieron de la guerra su Dios y se negocio
Y en siervos y señores entre el dolor y el ocio,
Tuvieron dividida la abyecta humanidad;
Y sobre un mar de sangre el edificio vano
De su grandeza alzaron. Y tiembla y se desploma
Bajo el Romano, Grecia; bajo los cascos, Roma
Del bárbaro caballo que holló su majestad.

Y en pos los siguen rápidos, millones y millones
De asiáticos idólatras, fanáticos y viles,
Que pérfidos se arrastran, cual míseros reptiles,
Esclavos de otras castas, esclavas á su vez.
Y luego entre mullidos, bordados almohadones

Los hijos de Mahoma, polígamos sensuales,
entre hembras escogidas, en danzas orientales,
Olvidan de sus pueblos la indigna estupidez.

Luego la escena cambia. De Egipto en las arenas
Contempla las pirámides que levantó el orgullo.
La soledad vastísima no tiene ni un murmullo
Silencio, muerte, olvido, sólo hay en derredor.
Y aquí y allí la crítica descubre á duras penas,
Entre dudosas sílabas, los restos de algún nombre,
Que a pronunciar no atina, ni á descifrar el hombre;
Y ésa es la gloria única que queda al constructor.

Y ve á Palenque y otros escombros portentosos,
Que fueron de la América el gigantesco ornato,
Y ocultan en las selvas su espléndido boato
En sus palacios tienen los lobos su cubil;
Entre los pardos musgos y cactus espinosos,
Las víboras enroscan sus gélidas sortijas,
Y trepan descuidadas las verdes lagartijas
Do alzó algún rey su trono de nácar y marfil.

Luego la escena cambia. Las máximas fecundas
Del Cristianismo infíltanse en la familia humana,
Y va desapareciendo la crüeldad pagana
Por la obra de los mártires magnánima y tenaz.
Minóranse los crímenes: el déspota impotente
Sin conocerlo cede á la feliz doctrina,
Y reformado el hombre, la sociedad se inclina
Ante una ley benévola dé caridad y paz.

El lóbrego futuro descúbrele su seno,
Y ve que el orbe entero el Cristianismo abraza,
Y á impulsos de su espíritu nuestra bendita raza
El mar y el rayo lleva esclavos á sus pies.
Va dando al ancho mundo industria, dicha y leyes
De Cristo el pueblo: le abre la tierra sus entrañas;
Somete el mar su mente, y allana las montañas,
Y le aman Indo, y Chino, y Alarbe, y Japonés.

Del hondo, inquieto, líquido y borrascoso
Sembrarle ve de redes el cavernoso asiento,
Por do fulmina eléctrico su excelso pensamiento
Que va relampagueando el mundo á iluminar.
De la opulenta América sentado sobre el Itsmo,
Descubre un niño tierno, cuya pequeña mano,

Cual registrando un órgano, al Chino y Circasiano
Impárteles sus órdenes confiándolas al mar;

Y ve de nuestras selvas los ríos caudalosos
Surcados contra vientos y rápidas corrientes,
Por naves mil, que en hornos, de líquidos hirvientes,
Derivan la potencia que vence al huracán.
Y en el amor unidos los pueblos industriales
Como á enemigo tienen al déspota egoísta,
Y en paz y unida marcha del mundo á la conquista
La raza redimida del infeliz Adán.

Y mil Palenques nuevos esmaltan las praderas
De América, y agítanse cual ágiles hormigas,
Unidas y felices, Repúblicas amigas,
Potentes y pacíficas bajo el poder de Dios.
La Europa va á sus playas floridas, hechiceras,
A mendigar los frutos de su bendito suelo,
Y de uno al otro polo, bajo el cerúleo cielo,
Hay libertad, industria, sosiego y religión.

Pasó el confuso y raudo panorama
Y continuó la virgen: - ¿Viste, hermano,
La huella sanguinaria del pagano,
Y mi huella de paz y de humildad?
Elige entre la gloria y el oprobio,
Y si siembras amor, amor espera;
Que así como el rencor, rencor genera,
La caridad engendra caridad.

Sólo mi Dios es sabio: de su ciencia
Dan triste testimonio Egipto, y Roma,
Y Zoroastro, y Brahma, y aun Mahoma
Que vio y no pudo comprender la luz.
De las naciones que fundó su orgullo,
La más feliz de todas, la primera,
Mendigará su ciencia á la postrera
De las naciones que fundó Jesús.

PRIMER CORO.

¡Como el relámpago
Viaje tu espíritu
Pueblo cristiano!
¡Cese la guerra;

Crea el pagano;
Sea una en la tierra
La Humanidad!

SEGUNDO CORO.

Si la obra es lenta
No desmayemos.
Dios nos alienta,
Y triunfaremos
Con la verdad.

COROS UNIDOS.

Si aun sangre y lágrimas
Piden las gentes,
Dios, á torrentes
Las de tus mártires
Se verterán.

GONZALO.

¡Oh! ¡Dadme, dadme el redentor martirio!
¡Mas antes escuchad mi confesión!
Puro estoy de traición; pero el delito
Se eleva entre el altar y mi oración.
De una mujer el tentador he sido
Ella es ajena, adúltero mi amor
Su virtud asechando ¡ay! he vivido,
Y me reprueba la virtud de Dios.

CORO.

¡Religión! ¡pensamiento del Eterno!
¡Una, sabia, benéfica como Él,
Á cuyos melancólicos acentos
El corazón se anega de placer;
Tú, que llevas contigo siempre el premio
Porque haces bien y te deleita el bien,
Inspira al infeliz; dale consuelo,
Completa la obra que empezó la fe!
Por una oveja sola descarriada
Puede el pastor abandonar mil;
Que fue siempre de Dios privilegiada
La que llegó á apartarse del redil.
Todos tus hijos son; pero el que gime

Mayor derecho tiene sobre ti;
Háblale, pues, ¡oh Religión sublime!
Y hazle esperar y para Dios vivir.

LA RELIGIÓN.

Ten valor, hijo mío: Dios es bueno
Él no persigue, salva al pecador.
¡Vden! reclina la sien sobre mi seno,
Y espera en el Señor.

Porque en Él no hay venganza ni amargura;
Él es todo clemencia, amor y luz
El dolor es crisol en que depura
Y prueba tu virtud.
El que llora una culpa cometida
De aquel buen padre alivia el corazón,
Que busca en cada lágrima vertida
Pretexto de perdón,
Y que por no agravar la culpa ajena
Quiso hasta á su verdugo redimir,
Y oró por él, y al consumir su pena,
No le enseñó á matar - sino á morir.

Ten en valor, y la América inocente
Quizá mi triste llanto enjugará,
Cuando comprenda al fin su buena gente
Al Dios de caridad,
En cuyo nombre ¡ay hijo! encadenado
Al pobre pueblo idólatra encontré,
Por la guerra y la fuerza, derribado
A los pies de la fe.
Y lloré, y de mi llanto se burlaron;
Y del incendio á la siniestra luz,
Erré, hasta que mis ojos te encontraron
Y á ti arrime mi cruz.
Y tú, tú eres el mártir que mi imperio
Predicarás de amor y abnegación,
Y al pueblo enseñarás de este hemisferio
Cuál es mi Dios, y cuál tu Religión.

Y que no es Dios el que, lascivo, en Roma
Me asoció á Venus y á Mercurio y Pan,
Ni tampoco el tirano que á Mahoma
Dio el sable y el Corán;
Ni es el Dios del adúltero, que ciego

Aparta á la Inglaterra de mi fe
Y á la hembra mancha, y al verdugo luego
Se la echa con el pie;
Ni el del Germano apóstata, que el templo
De mi unidad se atreve á combatir,
Y el poder de mis pueblos, con su ejemplo,
Se expone á destruir.
No, no es Dios la deidad de aquella gente,
Sin piedad, Purgatorio, ni unidad,
Que entre Cielo é Infierno está, impotente
Privado del placer de perdonar.

CORO.

Dios es orden, amor, sabiduría,
Indivisible, eterna omnipotencia;
En la unidad consiste su armonía,
En el perdón consiste su clemencia;
Y una es su fe sin variedad alguna;
Porque la inspira su verdad, que es una.

GONZALO.

Y yo por Él derramaré mi sangre
Le ofrezco humilde mi ferviente fe...
Mas del funesto amor líbrame, ¡oh madre!
Y haz que pueda el martirio conocer!

LA RELIGIÓN.

¡No temas! Rota la prisión terrena
Esa á quien amas volará al Edén;
Y allí de Dios en la mansión serena,
Siempre los justos á los justos ven.
Aguarda á que ella rompa su cadena
Y triunfará tu amor
Cuando deje por fin de ser ajena,
Te la dará el Señor.

GONZALO.

Deliciosas y plácidas visiones
Que dais formas y música á los vientos,
Si son ecos de Dios vuestros acentos,
¡Llevadle en cambio á Dios mi corazón!
¡Sueño de muerte y dicha venidera!

¡Promesa de fantástica ventura!
¡Mensajera del bien! ¡En mi amargura
Me llamas, y te sigo, Religión!

Sostenme, ¡oh Madre! De tu voz piadosa
Ante la melancólica armonía
Se disipa el dolor. La fe nos guía,
Madre, ¡sigamos su divina luz!
Como la roca que Moisés hiriera
Dio vida y agua al arenal tostado,
Siéntome redimido y anegado
En deleite, al contacto de la cruz.

¿De dónde vine yo? Mi pensamiento
Mide siglos sin fin; y en vano pausa,
Y busca en vano la ignorada causa
De mi existencia: yo no sé cuál es.
Término ha de tener esta cadena
De mil y de otras mil generaciones
A un primer eslabón sus eslabones
Se van prendiendo innúmeros después.

¿Quién lanzó al tiempo el eslabón primero?
¡Naturaleza, te interrogo en vano!
El gran misterio, el insondable arcano
Nada puede explicar sino la fe....
Si hay criatura - hay Creador - hay Dios. ¡Oh, Virgen!
Tu generoso imperio en bien fecundo,
Que civiliza redimiendo al mundo,
Pobre ignorante á disputar no iré.

¡Y he podido dudar!... ¿Quién es el hombre?
Ignora al mundo; ignórase á si mismo,
Y esclavo del error de un silogismo,
Con hilar una frase niega á Dios.
Envuelto en el mecánico sofisma,
Y entre la red del método encogido,
De vocablo en vocablo conducido,
Flota á merced del ruido de su voz....

Soy inmortal: un infalible instinto
Gritándomelo está; su voz vehemente
Mejor vida me ofrece: hay en mi mente
Esa confianza que se llama fe....
¡Morir! ¡aniquilar del mismo modo
Vicio y virtud!... ¡Que páginas de gloria

Conceda al crimen la parcial historia,
Y ni un recuerdo á la virtud se dé!...

No; no es posible.... Aun cuando eterna fuese
La gloria, y gloria la virtud tuviera,
Todos no pueden alcanzarla, y fuera
Con la virtud injusto el Criador,
Si no la reservase una corona
Más allá de la tumba, y si lanzada
De la Nada al dolor, de allí á la nada,
No existiese sino para el dolor;

Idea melancólica y terrible
Que del orbe al eterno soberano
Hiciera aparecer como un tirano
Deleitado en crear y hacer el mal.
Pero hay Dios, y Dios es omnipotente;
Y es incapaz del mal la omnipotencia.
Porque es invulnerable; y por su esencia
Es bueno Dios, y el hombre es inmortal.

La virtud pobre, oscura, perseguida,
Que paga el mal con bien, sin duda siente:
Su destino inmortal, cuando consiente
En dar por odio caridad y amor....
¡Oh Cristianismo! ¡Tú eres el apoyo
De la inocencia! De la ley humana,
Tú con tu eternidad ¡oh Ley cristiana
Reparas la injusticia y el error!

Nuestra inmortalidad es necesaria
A la justicia eterna: ella es quien vela
El lecho de la virgen; centinela,
Guarda el honor del tálamo nupcial
Ella contiene al poderoso; al débil
Ella alienta y sostiene; en su camino
Guarda al rico del pobre; al asesino
Sorprende, y le arrebató su puñal...

Que observando las fórmulas del foro
Pille el ladrón y goce del pillaje;
Que mintiendo virtud mofe y ultraje
El hipócrita al Dios de la verdad;
Que el vil calculador de su provecho
Discordia y guerra en la nación encienda,
Y á su indigna ambición le dé en ofrenda

La sangre de la pobre humanidad;

Que al que rehusó ser cómplice en su crimen
Vaya á acusar la adúltera burlada,
Y haga caer del déspota la espada
Sobre el honor que reventó su red;
Que la avaricia y el orgullo, heridos
Por la actitud estoica del patriota,
Leguen su fama, por la envidia rota,
De la feroz calumnia á la merced;

Que triunfe, en fin, cual suele, sobre el mundo
La hábil perversidad, y á la mentira
Dé honor la historia y cánticos la lira;
¡Dios no por eso deja de existir!
Tras del poder del mundo y su apariencia
Está ese Dios de la verdad amigo,
Y está la eternidad de su castigo,
Y está su premio espléndido y sin fin....

¡Santa inmortalidad! ¿Qué fuera el hombre
Si no oyese tu voz? Sin ti el delito
Fuera del orbe el posesor maldito,
Odiado siempre, pero siempre rey;
Y aquel valor y caridad sublimes
Que sólo inspiras tú, y el mundo admira,
Se trocaren en cálculo y en ira,
Y el egoísmo universal en ley....

Y el enemigo peor del egoísta
Es su egoísmo: el daño propagado
Vuelve hacia el individuo, rechazado
Por la herida y doliente sociedad.
¿Qué fuera el mundo al cálculo sujeto
De todos sobre todos? ¿Quién creyera
A su hermano jamás? ¿Á dónde fuera,
Oh Religión, sin ti, la Humanidad?

Tus grandes resultados milagrosos, -
He aquí tu prueba, ¡Religión divina!
Quien niega tu benéfica doctrina,
A su patria y al mundo hace traición;
¡Necio infeliz, que en su insensato orgullo,
Sus palabras ensarta en argumento,
Y opone sólo frases al portento
De quince siglos de virtud y acción!

Sostenme, ¡oh, Religión! ¡Al que, contrito,
Posa la mustia sien en tu regazo,
Siempre para hacer bien sóbrale el brazo,
Siempre le falta para el mal valor.
Seguirte es hacer bien á mi enemigo,
Darle de honor y caridad ejemplo,
Y hacer del limpio corazón un templo
Digno de dar albergue al Criador!

CORO.

¡Gloria á Dios en los cielos y á su nombre;
Que es justicia y piedad!
¡Paz en la tierra y bendición al hombre
De buena voluntad!

CUADRO UNDÉCIMO

LA ORACIÓN

Reventó un rayo con fragor horrendo,
Cruzó el espacio negro, serpeando,
Y los vestidos húmedos tocando
Del español, su cuerpo estremeció.
Volvió á la vida: el huracán rugía,
Y la lóbrega noche le arropaba,
Y todo aún en confusión estaba,
Menos su corazón, que era de Dios.

La tempestad, dejando las alturas,
Concéntrase en el lecho del torrente,
Que hinchado por la insólita creciente,
Bate la roca y la hace retemblar;
Y ora sobre la rauda catarata,
Ora en las crespas ondas que se alejan,
Los frecuentes relámpagos reflejan
Su luz, reverberando sin cesar.

Hállase, al despertar, el caballero
Sobre la orilla del abismo hirviente,
Arrodíllase al borde del torrente,
Y así prorrumpe, en éxtasis, después:

«Sabio eres, Dios, en permitir que el hombre
De su dolor el término columbre.
¿Quién sufriera, sino, su pesadumbre,
Viendo este abismo provocar sus pies?

»¿Quién, viéndose á la orilla de la Nafa
No salvara de un salto, en su despecho,
Este mezquino y envidiable trecho,
Diciendo al mundo un eternal adiós?
Mas, ¿qué es la muerte? ¡Un cambio!
Leyendo siempre su pasada historia,
Y llevando tal vez en la memoria,
Con el recuerdo, el látigo de Dios....

»Soy inmortal, Pubenza; y yo no puedo
Resolverme á perderte. Si muriera,
Tal vez tu forma mágica, hechicera,
¡Ay! fuera á atormentar mi esclavitud.
A ti te llama Dios; y ya que el mundo
Nos separa, mi bien, será preciso
Viajar, para buscarte, al paraíso,
A donde sólo lleva la virtud.

»¡Dulce será, sin pena, sin deseo,
La medida colmar de mi esperanza,
Y contigo, en eterna bienandanza,
Ir en concierto celebrando á Dios;
Y ver tus labios sonreír conmigo,
Y mi ser á tu ser por siempre aliado,
Por la verdad eterna iluminado,
Y uno en cuerpo y espíritu los dos!

»¡Ah! ¡yo estoy delirando!... Me ha me ha extraviado,
Sí, me ha extraviado el corazón impío....
¡Satánica pasión!... Perdón, ¡Dios mío!
¡Sí, por piedad, perdona mi pecado!...
Si iba á seguir de la virtud la huella,
No era por ti, Señor; era por ella.

»Y esta profanación es la que impide
Que se desprenda mi ánima del suelo,
Porque la gloria, el porvenir, el cielo,
Y cuanto existe, mi pasión lo mide
Por su imagen sacrílega y terrena,
Que á mi pesar el universo llena.

»¡Haz, Señor, que la arranque de mi seno,
Y la destierre al fin de mi memoria,
Para servirte, y consultar tu gloria,
Libre de todo pensamiento ajeno
A aquella santa inspiración divina
Que hacia Ti nos dirige y encamina!

»Quiero borrar del alma la criatura
Para admirar al Criador bendito;
Librarme del martirio del delito
Para hacerme capaz de tu hermosura,
Y en mi fe ciega, incontrastable, ardiente;
Nada sino á mi Dios tener presente.

Dios y Señor del mundo, á quien eché en olvido,
mi pasión adúltera vencido y arrastrado,
Ante tu Ser benéfico me postro y anonado,
E imploro por mis crímenes tu lástima y perdón.
¡Señor! atiende al hombre proscrito y desvalido,
Sin deudo, hogar, ni patria, que en su aflicción
Doblando ante tu trono la trémula rodilla,
Y dándote, á Ti solo, su fe, su corazón.

»¡Artífice dichoso, cuya infinita mano
Recoge entre su palma los orbes rutilantes,
Guardián á cuyo aliento se mueven, y constan
Sus giros portentosos sin encontrarse dan!
¡Conservador del mundo, que al tímido gusano
Por entre el polvo mísero le trazas su camino,
Cual trazas entre el hórrido, inmenso torbellino,
Las infinitas órbitas por do los astros van!

»¡Criador, en cuya ciencia la eternidad futura
Existe, cual existe la eternidad pasada!
¡Principio fecundante, en cuyo seno nada
Lo que el futuro guarda con lo que ha sido ya!
¡Poder que de tu trono, radiante de hermosura,
La infinidad dominas con tu asombrosa mente!
¡Señor para quien sólo existe lo presente,
Porque en tu seno el tiempo recopilado está!

»¿Es cierto? ¿No me engaño? ¿Tus ojos paternos
Escudriñar se dignan al ente desvalido,
Habitador del átomo que rueda confundido
Con miles de millones de mundos á tus pies?
¿Es cierto? ¿No me engaño? ¿Alcanzan los umbrales

Del hombre tu mirada, tu excelso pensamiento,
¡Oh Dios! que con quererlo, el ancho firmamento
Poblado de universos bajo tus plantas ves?

»¡Ah! sí; que si es inmensa tu creación bendita
Si innúmeros se mueven bajo tus pies los orbes,
inertes masas tu actividad no absorbes;
Lanzástelos, y siguen esclavos de tu ley;
Mas diste al hombre el alma, do el pensamiento habita,
Sedienta de adelanto, de eternidad, de ciencia,
Y le dejaste libre para adorar tu esencia,
E hicístele con eso del Universo rey.

»Do quiera está tu Espíritu de caridad escrito,
sobre mi especie tu Inteligencia vela;
Hasta el dolor la diste, que, eterno centinela,
Del vicio la escudase, probando su valor.
Sí, ¡la virtud es hija de tu dolor bendito!
Que, sin dolor, ni lucha ni libertad habría,
Y el hombre, como el árbol monótono, vería
Moverse indiferente el mundo en su redor.

»Mas tú, Señor benévolo, á su virtud le trazas
Entre tormento y luchas heroicas su camino;
Las pruebas, la confortas, y del Edén divino
A su constancia ofreces el inefable don.
Y al justo y al perverso, con premios y amenazas,
A amarse mutuamente, o á respetarse, obligas,
Y mientras el bien del hombre á la justicia ligas,
Por norte á la justicia le das tu Religión,

»Religión, que sólo de Ti venir podía;
Que inspira al individuo el propio sacrificio,
Para que, por su ejemplo, avergonzado el vicio, más guía
A su destino deje llegar la Humanidad.
¡Fe ciega! ¡no hay más ciencia! ¡Martirio! ¡no hay
uno por los muchos trabaje, sufra, muera,
Y que á unos pocos mártires la Humanidad entera
Les deba su progreso, su bien, su libertad.

»En tanto de la víctima la sociedad se olvida
No hay premio para ella, su mérito se ignora
Calumnia acaso al mártir la turba pecadora,
Mientras la sirve el mártir por el amor de Dios...
¡Señor, bendito seas! ¡Compláceme la vida!
Por Ti doblar quisiera mis penas y mi afrenta

Vosotros ¡oh filósofos! ¡si el mal os atormenta
Mirad que son deleites la angustia y el dolor!

»¡Señor! ¡que así en el mundo cultivas la justicia!
Que la ventura humana bajo tu egida labra!
Tu código de gracia, tu imperio, tu palabra,
Extiende, ¡oh Dios! del orbe al último confín!
Y que á tu yugo leve la Caridad propicia
Con su paciencia y lágrimas someta la ancha tierra,
Y entre hombres y naciones acábese la guerra:
Para que te ame próspera la Humanidad por fin.

»Eres activo, sabio, benévolo, fecundo;
Tu amor no tiene límite, descanso ni medida;
El Universo vasto, la mísera criatura,
Lo inmenso y lo mezquino te debe el ser á Ti.
Quizá más ciencia y tiempo que en el inerte mundo
Gastaste en el insecto que imperceptible vive.
Pues todo cuanto alienta, de Ti su bien recibe.
¡Señor! ¡mi Dios! ¡mi Padre! ¡apiádate de mí.

»O si te ofendo, hiéreme, pero á mi patria,
En tu piedad redime de la hórrida anarquía,
Y vuévela, benévolo, la paz y la armonía
Para que el orbe atónito su admiración la dé;
Y de uno al otro polo, cuanto el Océano baña,
Ame, por el bien que hagan, su nombre y su bandera,
Para que extienda rápida por la poblada esfera,
Con su poder süave, tu redentora fe.»

La oculta luna con su rayo opaco
Del español la forma medio alumbraba
Hernán, llegando entonces, le columbra,
Y párase, escuchando su oración.
Y de su ejemplo y actitud movido,
Detrás del castellano cae de hinojos,
Y húmedos siente en lágrimas los ojos,
Y eleva á Dios también su corazón;

Gonzalo, en tanto, atribulado y mudo,
Cruza los brazos sobre el ancho pecho,
Y lanza una mirada de despecho
Hacia la negra y honda cavidad.
Absorto sobre el borde del abismo,
A la luz del relámpago sombría
El genio de la noche parecía,

Viendo á sus pies rodar la tempestad.

-¡Gonzalo! - exclama Hernán. - ¡Señor! - contesta,
Volviendo el otro atónito la frente,
Y arrodillado orillas del torrente
Se encuentra cara á cara con Hernán.
El uno frente al otro, sorprendidos,
De hinojos ambos sobre el frío suelo,
Bajo el oscuro pabellón del cielo,
Mudos como dos árboles están.

Míranse de hito en hito, sin hablarse,
En solemne y simpático reposo,
Y de amistad un pacto generoso
Forma el silencio, intérprete á los dos.
La gratitud le dicta, el cielo le oye,
Le alumbraba el rayo, le celebra el trueno,
Y viendo que es magnánimo y que es bueno,
Le bendice el Espíritu de Dios. Así hablan luego:

HERNÁN.

Por piedad, amigo
Perdona... te he injuriado... si... mi labio;
Mas no mi corazón, te hizo un agravio,
Cuando de Álvaro al campo te llamé...
Pero... ¡ah! traidor te proclamaban todos...
De Álvaro hermano, prófugo, proscrito,
Al verte entre la muerte y el delito,
¡Pobre de mí! de tu virtud dudé.

Pero ya creo en ella... ¡Ah! tú salvaste
Mi vida en otro tiempo. Hoy has salvado
Mi alma, mi honor. Al verte tan honrado
Y llamarte mi amigo, soy mejor.

GONZALO.

¡Dios te protege, España!... Su estandarte
Juremos defender de los traidores...

HERNÁN.

Y de sus mismos torpes defensores.

GONZALO.

Con lealtad.

HERNÁN.

Con valor.

GONZALO.

Y con honor.

HERNÁN.

Si, por el Rey, por ella venceremos.

GONZALO.

O moriremos mártires.

HERNÁN.

Sí, amigo

GONZALO.

¡Ven, generoso Hernán, yo te bendigo!
Hasta en la humanidad ya tengo fe.
¡Ven! Abrázame, Hernán. Un hombre solo
A su raza infeliz salva y redime,
Y del oprobio y del baldón la exime
Siempre que Dios un corazón le dé.

HERNAN.

Basta, basta, Gonzalo. ¡Tus verdugos
Pueden llegar... De la naciente aurora.
La tibia luz los horizontes dora...
De la selva apresúrate á salir.
Sólo una senda hay libre... Tu caballo
Está del monte en la vecina orilla...
¡Qué ! ¿lloras?... No... no enjugues la mejilla,
Que no es vergüenza en el varón sentir.

Deja correr la lágrima bendita,
Palabra melancólica del alma
Corriendo el lloro, el corazón se calma;
El lloro apaga el fuego del dolor...
¡Presto! ¡á caballo! ¡parte! Ésa es la senda
Toma á la izquierda, atravesando el río...
¡Líbrete Dios del opresor impío!
¡Sea contigo el brazo del Señor!

Volvía dulce la tranquila hora
En que la lluvia, el viento, el trueno, callan,
Y brillan las estrellas, y no hallan
Nube que eclipse su argentada faz.
Ya la luna hacia el fin de su carrera

Iba lenta bajando al horizonte,
Y vertía en la cúspide del monte
Un rayo melancólico de paz.

Hernán, en tanto, desde el alto pico
De un calvo risco, sirve de atalaya;
Ve al proscrito bajar, cruzarla playa,
Y vadear el torrente bramador;
Y - ¡adiós! - dice, agitando el blanco manto,
Dos y tres veces, desde la alta cresta;
Y una, dos, y tres veces le contesta
El proscrito infeliz: - ¡Adiós! ¡Adiós!

CUADRO DUODÉCIMO

ESPADA A ESPADA

Aplazado el combate, Álvaro piensa
En don Pedro tan sólo: el buen anciano
Está tendido en la mitad del llano
Bajo su tosco manto militar;
Su espada al lado, sobre el seno el brazo,
Las recias piernas juntas y tendidas;
A no verse en su pecho las heridas,
Pareciera don Pedro descansar.

Flotan del casco en profusión espesa
Los rizos de su cándido cabello,
Y al uno y otro lado de su cuello
Se agrupan como lirios á su sien
Velados por los párpados sus ojos
En su entreteja pálida y extinta
Su postrer lucha con la muerte pinta.
Cierta gesto de orgullo y de desdén.

Llora a su lado un niño, cuyos ojos
Azules contarán catorce abriles;
En sus tiernas facciones infantiles
Parecen las del viejo revivir;
¡Tan semejantes son! ¡Álvar se llega,
Ante el cadáver póstrase de hinojos,
Y, al besarle la diestra, de sus ojos
Vese una enorme lágrima salir.

Luego se aparta á recorrer el campo
Cuando llega la noche, y sepultura
Da á don Pedro; en silencio á la amargura
De la venganza entrega el corazón.
Y en su corcel de guerra cabalgando
Sale á dar nuevo pábulo á su duelo,
Buscando él mismo en el sangriento suelo
Quiénes los muertos enemigos son.

Por cinco caballeros escoltado
De la alta luna á la dudosa lumbre,
Busca alivio á su inmensa pesadumbre
Entre los muertos, con deleite atroz.
En puntos varios sus oídos hieren
La queja ronca, el grito gemebundo,
Y deléitale el ¡ay! del moribundo
Y del herido la doliente voz.

En medio de ese fúnebre concierto,
A mirar los cadáveres se inclina,
Y sus rostros é insignias examina
Con bárbara y feroz curiosidad.
Al terminar la falda se detiene
Y dice: - ¡Adiós, don Pedro! ¡Te he perdido,
Pero al sepulcro que te encierra han ido
Muchos a consolar tu soledad! –

Luego avanza, dejando de su escolta
El importuno, innecesario apoyo,
Y solitario, al borde del arroyo
Siéntase, en una piedra, á meditar.
Asido por la rienda su caballo,
Sobre el izquierdo muslo afirma al codo,
En la mano la frente. De ese modo
Venganzas sueña y burla su pesar.

Estaba así, cuando del lado opuesto
Mover las ramas siente. Un personaje
De la sombría selva entre el follaje
Emboscado descubre; - ¡Alto! ¿Quién va? –
Exclama, ya á caballo, y al oírle
Fulmina el arcabuz entre las ramas,
Y - Va la muerte, pues la muerte llamas –
Una voz hueca le contesta allá.

Mas huyen sin herirle. - ¡Haz alto, espera! –

Dice Álvar, persiguiéndole - ¡cobarde!
¡Vuelve á mirar siquiera, que ya es tarde,
Y á ti el valor te falta, á mí la luz! –
Sigue la escolta á Álvar, y él grita siempre –
¡No huyas así de una caricia pía;
Ven á probar tu lanza con la mía,
ó toma tiempo y carga el arcabuz! –

Súbito el fugitivo se detiene,
Y dice: - ¡Ven á ver si soy cobarde;
Y aunque tienes escolta que te guarde,
Y no hay ninguna que me guarde á mí,
Aquí os espero, á ti y á tus amigos!
Venid uno en pos de otro, ó todos juntos,
Que si en la liza no quedáis difuntos
No será, no, porque te tema á ti.

- Si solo estás á fe de caballero,
No he menester, para vencerte, ayuda;
Retiraré la guardia que me escuda,
Y quedaremos en el campo dos.
- ¡Venid, todos venid, me basto á todos! -
¡Idos! - dijo don Álvaro. Se fueron,
Y ya él y el incógnito tuvieron
Sólo testigo de su duelo á Dios.

Viajeras nubes con su tardo paso
Los rayos de la luna interrumpían,
Y á la dudosa lumbre se veían
Las bruñidas corazas centellar.
Un ágil alazán gobierna el uno;
Leve es su cuerpo, negra su armadura,
Y columpia su elástica figura
Como junco ante el viento, al cabalgar.

Su cuerpo de castillo ostenta el otro,
Y sus brazos atléticos y diestros,
En ejercicios bélicos expertos
Y, en manejar indómito bridón.
Éste revuelve el animal macizo,
Mientras la luna con su luz platea
La roja pluma que en su casco ondea
De leve brisa al soplo jugueteón.

Páranse frente á frente, y el de negro
Dícele antes cortés: - ¡Oh! no te asombre

Que yo me atreva á preguntar tu nombre...

Y Álvaro, - De vencido lo sabrás.

- Siento haber sido tan cortés contigo
Si me protege Dios, en breve espero
Saber tu nombre, ¡oh fuerte caballero!
Y no vencido... vencedor quizás.

- Un temor excusable... ¡Basta, basta!
Cuando yo quiero plática y placeres,
Graciosos busco, y necios, y mujeres,
Que me diviertan, enemigos no.

- Silencio, pues, y guárdate - replica
Con lanza en ristre el caballero airado,
Y alzó la rienda, y el caballo hincado
Fue con furor, y con furor partió.

Álvaro, en tanto, que su lanza había
Abandonado con segundo intento,
Haciendo un repentino movimiento
Evitó el choque y le dejó pasar.
Rózase el asta de la luenga lanza
Apenas con su cuerpo. Acorto trecho
Paró aquél su caballo con despecho
Cuando del otro se sintió burlar.

- No tengo lanza - díjole el tirano -
Vuelve á enristrar, y vente, que te espero.

- Pienso - repuso el otro caballero -
Que á probar lanzas me retaste á mí.
¿Cuál es tu arma? - La espada. No acostumbro
Hacer de mi caballo una armería...

- Tu lengua ofende más que tu osadía...
Puesto que espada quieres, ¡hela aquí! -

Y, así diciendo, con desdén arroja
Lejos la luenga y ponderosa lanza,
Con tal destreza y varonil pujanza
Que el aura surca de fulgente luz.
- ¡Hola! - observa don Álvaro; - parece
Que sí eres digno de lidiar conmigo
Algo mejor maneja mi enemigo
La lanza y el bridón que el arcabuz. -

Y á la par desnudando los aceros
Con mano firme lentos se acercaron,
Y con gracia y donaire saludaron,

Como lo exige del honor la ley.
Cada cual al principio con sosiego
La defensa, el ataque, al arte ajusta,
Cual dos mancebos que á amigable justa
Llama y observa su señor y rey.

Ambos se buscan y se evitan ambos
Con la aguzada punta y dura hoja;
Ora se aparta diestro, ora se arroja
Éste, y el otro prevenido está.
Ya los golpes mentidos son, ya ciertos;
Ya por los pomos quédanse trabadas
En ángulos salientes la espadas,
Y el puño duro con el puño da.

Todo es arte y destreza, - que el despecho
No ha venido á animarlos todavía;
Ni con rencor el corazón latía,
Ni abrigaba venganza el corazón.
Sonríen los hidalgos combatientes,
Y se aman casi, porque ya se admiran;
Si á la victoria y á la vida aspiran,
No es odio, no es temor, es diversión.

Después de largo batallar se quedan
En solemne reposo, deseado
En silencio por ambos. Apoyado
Cada cual del bridón en la cerviz,
Los dos descansan como sobre pomo,
Y con noble descuido se reclinan,
O en los estribos sin temor se empinan
Pidiendo al aura aspiración feliz.

A una señal simpática, tornaron
Ambos á prepararse: no se oía
Sino el rudo frotar con que corría
De cabo á punta el fierro matador,
Uno y otro pretende que su espada
Obtenga la ventaja en la salida,
Tiene el aliento, y atisbando cuida
De no perder la palma del honor.

Mas siente Álvar su acero aprisionado
En el arriaz de la contraria espada,
Donde la punta aguda está trabada
Con arte en la enredada guarnición

- ¡Necio! ¡Tú desarmarme! - airado exclama,
Y el brazo fuerte con desdén retira.
De punta el otro, al descubrirle, tira,
Asesta al rostro, y hiere al campeón.

Salta rota en pedazos la visera,
La sangre tibia de la herida frente,
Atórméntale el párpado doliente,
Y casi ciego lidia el infeliz.
Mas no se guarda ya, que la vergüenza
Le pide sangre, y el sediento acero,
Y marcar logra al ágil caballero
Con repetida y honda cicatriz.

Heridos ambos con furor se atacan,
Sus aceros se chocan y golpean,
Y en loca actividad relampaguean,
Bajan, suben, rechinan sin compás.
Ya estocadas violentas, ya fendientes,
Se dan; van, vienen, vuelven y rebotan,
O en remolinos anulares rotan
Relampagueando en convulsión tenaz.

Es la lid espantosa: ya la sangre
Del esbelto adalid el peto empaña;
Y se acercan, se juntan, y en su saña
Golpes sin arte y sin piedad se dan.
Con los brazos tendidos, los corceles
Se olvidan de regir, y en su despecho
Se abrazan, y luchando pecho á pecho
A la merced de los bridones van.

Los animales lasos se aproximan,
Del natural instinto gobernados,
Y dándose los húmedos costados
Tienden los cuellos afirmando el pie;
Y hacen del lomo generoso un campo
Donde el rencor por el rencor se enciende,
Mientras la inútil, la flotante rienda
Entre sus crines ondular se ve.

Cuatro veces Álvar á su enemigo
Creyó tener seguro entre su abrazo,
Y cuatro veces del estrecho lazo
Soltóse con destreza y rapidez.
Y siempre que él con ansia le aferraba,

Del nudo fuerte estotro se escurría,
Cual de la mano que apretarle ansía
Se escapa en agua resbalando el pez.

Saltan los petos de ambos, y se erizan
De agudos y punzantes gavilanes,
Que de la recia lucha en los afanes
Hieren al uno y otro campeón.
Pero ellos no lo sienten; están sordos
Sus cuerpos al dolor, y su existencia
Cobra nuevo vigor en la violencia
De una insana y febril exaltación.

De Álvaro en tanto la melena espesa,
De negra sangre y de sudor cuajada,
A la rota visera está enredada
Y adherida á las llagas de su sien;
Y los pedazos de metal pendientes
Sobre sus ojos húmedos golpean,
Y les impiden que al contrario vean,
Mientras colgando por su frente estén.

Por el móvil estorbo fatigado
Lanza una maldición: entrambas manos
Lleva iracundo á sus cabellos canos
Y va á arrancarlos con rabioso afán;
Mas pierde el equilibrio - y se despeña
Del caballo don Álvaro rendido,
Que en el arzón con furia sacudido
Cede como la encina al huracán.

Vencido yace: el cuerpo está vencido,
Pero el orgullo no. Si el barro inerte
Sucumbe, el alma, respirando muerte,
Muerte le pide en gracia al vencedor.
- ¿Quién eres? - le pregunta. - Soy cadáver,
Porque vencido estoy. - ¡Por Dios, responde!
Algún misterio tu existencia esconde;
Yo te miro con lástima y dolor.

- Corona tu victoria; da la muerte,
¡No me importunes más!... - ¡Por Dios, contesta!
- No, no contestaré; que esa respuesta
Me degradara; en mi derecho estoy.
- ¡Te lo ruego! Tu sangre derramada,
Me inspira horror - Para eso la he vertido...

Pero ¿quién eres tú que me has vencido?
- Yo, Gonzalo de Oyón. - ¡Tú hermano soy!

- ¡Hermano! ¡hermano! ¡Y yo tu seno amigo
He herido!... ¡Yo!... ¡Y también está mi mano
Teñida con la sangre de mi hermano!...
Piedad, ¡oh Dios!... ¡Don Álvaro, perdón!
Sí, perdona á tu hermano; da la diestra
En prenda de amistad al delincuente...
¡No, delincuente no! Soy inocente,
Limpio de crimen tengo el corazón...

Pero di, ¿me perdonas? - Nada tengo
Que perdonar. Has hecho justo alarde
De tu valor. Si fueras un cobarde
Me avergonzara de tu raza en ti.
Contra ti no hay venganza: eres el hijo
De mi padre y señor... Dame la mano...
Al fin vencido estoy; pero es mi hermano
El único rival que hay para mí.

Siempre es Oyón el vencedor... ¡No importa!
¡Hieres bien, mi Gonzalo! No creía
Tan robusto ese brazo todavía;
Eres muy joven, pero hieres bien.
Sí; con más años, tu victoria hubieras
Con mi muerte infalible señalado...
Aun no es firme tu pulso... Me has dejado
Con vida y sangre... y con vigor también.

Mis labios arden... Llégate al arroyo
Y dame agua, Gonzalo... Montaremos
Después nuestros caballos, y estaremos
Juntos, del día hasta el primer albor.
Dale agua á mi bridón... ¡Fuerzas me sobran!
Vuelve... quiero saber tu desventura...
Somos en todo hermanos: ¡en bravura,
En desgracia, en destierro, y en dolor! —

Brotan dos gruesas lágrimas los ojos
De Gonzalo, y le bañan la mejilla;
Corre del limpio arroyo hacia la orilla
Y de agua llena el casco, y se la trae.
Y con tierno interés, gota por gota,
La bebida benéfica derrama
En esos labios que la sed inflama

Y que el agua deleita cuando cae.

Busca luego las hierbas generosas
Que cierran, cicatrizan las heridas,
Del bárbaro nativo conocidas,
Y que él ya sabe distinguir también.
Y le venda solícito, y le arrima
A la sombra de un roble. Fueron lecho
A su cuerpo las hojas, y en el pecho
Del enemigo reclinó la sien.

Cuando ya el sueño plácido y quieto
Y el confortante bálsamo del aura
La fiebre aplaca y su vigor restaura,
Salta Álvaro en sus pies diciendo – ¡Adiós!
¡Adiós, Gonzalo! Cuando el sol tres veces
Haya girado en su carrera diaria,
En esta misma vega solitaria
Nos volveremos á encontrar los dos. -

Y como avergonzado, con viveza,
Y casi erguido hacia el bridón avanza,
Y ostentando vigor sobre él se lanza
De un salto, con esfuerzo varonil;
Y parte á escape; - pero á corto trecho
Suspende del caballo la carrera,
Y vésele pasar por la trinchera,
Lento, á la luz del alto fogaril.

CUADRO DÉCIMOTERCIO

LA DISPUTA

Todo es silencio. La rojiza luna
A hundirse va en el pálido horizonte
Y columpia su disco sobre el monte
Que yergue ante ella el cuerpo de titán.
Con su frente argentada y su melena
De negras selvas, la empinada cumbre
Animada parece á la vislumbre
Que aquellos rayos moribundos dan.

Desde el arroyo con declive lento
Hasta el reducto, poco á poco empina

Su verde falda la feraz colina
Por do el camino serpeando va;
Y allí á la sombra de un añoso roble
Se oye él murmullo de un humano acento
Que no interrumpe ni el lejano viento,
Porque hasta el viento enmudecido está.

Los dos hermanos á la sombra amiga
Están sentados cabe el duro tronco,
Y el uno débil y en acento ronco
Al otro dice, que le escucha, así:
- Y yo también te compadezco, hermano:
¿De qué te sirve tu virtud querida?
Yo con mi triste borrascosa vida
No me trocara, á la verdad, por ti.

Lejos del mundo en solitario albergue
Aun sufre y tiembla el pobre anacoreta;
Pero del tigre á la caverna quieta
No lleva el hombre su inmortal furor.
No perseguida, por los aires libre
El águila caudal cierne su ala,
Y cébase sangriento y se regala
En su expirante víctima el condor.

Y tú, que paz á la inocencia pides,
Tú, que reposo en la virtud buscaste,
Tú, que al amor y al mundo renunciaste
En la flor de tu ardiente juventud,
Tú no has hallado ni la paz que encuentra
La hiena en su descanso tenebroso
Persigue el hombre hasta el febril reposo
En que delira, triste, tu virtud.

¿No quisieron matarte? - Sí. - Y entonces
¿Qué hiciste? - Me escapé: fuíme al desierto.
- ¿Y allá te persiguieron? - Todo es cierto.
- Y te asecharon por doquier. - También.
- Y las antiguas selvas que guardaban
La paz del oso y tigre carnicero,
¿No pudieron guardar al caballero
Defensor de la patria y su sostén!

- Todo es verdad, hermano. - ¡ Bien! Tornaste,
Y en pago de su cólera y su saña,
Bien por mal les volviste, y nuestra España

Debió su salvación á tu valor.
Luego ¿qué sucedió? - Fui perseguido
De nuevo, porque el odio es por esencia
Implacable y activo, y la inocencia,
Fuera de Dios, no tiene defensor.

- ¿Y quién te ha perseguido? ¡El egoísta
Que entre la patria y la traición fluctuaba,
El que huyendo cobarde, el triunfo espiaba
De los tiranos para ser traidor!
¡Y hoy tu único derecho es el destierro!
Tu refugio, ¡vivir como el bandido!
Tu único premio, ¡verte aborrecido!
Tu honrosa cruz, ¡la infamia y el baldón!

- Por desgracia así es. - ¡Y tú me llamas
Rebelde, hermano! - ¡Sí! - Pues juro al cielo
Que si contra estos hombres me rebelo
Quiero vengar mi sangre y nada más;
Vengar la sangre que en tus venas corre,
Tu honor, y el de tu padre, de aquel hombre
Que nos legó con su valor un nombre
Que no debemos desmentir jamás.

- ¡Oh! ¡qué escucho, don Álvaro! Mi padre
No murió... - Sí, murió, murió; no hay duda;
Y á sus verdugos don Gonzalo ayuda
¡Á sus verdugos! ¿Lo has oído bien!
¡Á sus verdugos! - ¡Por piedad, no sigas!
¡Tu espantoso sarcasmo me estremece!
Ah! ¡todos los de Oyón, cierto parece
Que condenados á exterminio estén!

Y nuestra muerte no, nuestra deshonra
Les deleitara más: ellos quisieran
Que los hijos de Oyón eternos fueran
Si en ellos fuera eterno el deshonor.
Burlemos sus esfuerzos: vendrá un tiempo
En que la historia nuestros hechos diga,
Y en que la Patria atónita bendiga
La víctima, y maldiga al opresor.

- Escúchame, Gonzalo: soy tu hermano,
Y tú has lidiado sin piedad conmigo
Sólo para salvar á un enemigo
Que para ti ha abolido toda ley.

Tu martirio, el martirio de tu raza
¿No te incita á venganza? - No me incita
De mártires mi Patria necesita;
Mis enemigos sirven á mi Rey.

ALVARO.

- Esa es lealtad, hermano; pero atiende,
Porque la sombra de tu padre inulta
Tenaz me sigue, bárbara me insulta,
Y su desgracia á referirte voy.
Sí, me parece que su sombra errante
Me llama eterna con su voz de trueno,
Y vierte en mi alma este letal veneno
De la venganza, en que empapado estoy.

Partió Gaspar de nuestra patria España,
Dejando en ella un párvulo en la cuna
Ése eras tú: no quiso la fortuna
Que á tu padre siguieras como yo.
Él á su fiel esposa, á su María,
Dejó el niño, depósito sagrado,
Fruto de la vejez inesperado
Que al noble anciano nuestra madre dio.

Yo á mi padre seguí. La sed de gloria
Nos empujó á los dos. Cuando salimos
Tan sólo á España en nuestros sueños vimos,
Servirla era deleite, no un deber.
España entonces, respetada, unida,
Llenaba el mundo con su claro nombre,
Debiendo al genio y al valor de un hombre
Su espléndida fortuna y su poder.

El más brillante título en el orbe
Era ser español. Colón vivía;
Yo al Almirante conocer quería
Y por doquiera le buscaba á él.
Supe al fin de Colón. Estaba preso
De Vallejo en la antigua carabela.
Iba á zarpar, izaba ya la vela,
Ocupaba su puesto el timonel.

No volveré á encontrarle, entonces dije.
Volé á la nave, le tomé la diestra,
Y de respeto y entusiasmo en muestra

Lloré, y la mano de Colón besé.
Y por eso, Gonzalo, me acusaron;
Luego prendieron á Gaspar por eso,
Y muchos días con mi padre, preso,
por mi cariño hacia Colón, pasé.

Y vi después atónito que todos
Al ilustre Almirante aborrecían,
Y tanto mal del genovés decían,
Que de él yo mismo comencé á dudar.
Los primeros caudillos de Española
En secreto concilio se reunieron;
Y allí se conjuraron, y ofrecieron
Su fortuna y su crédito arruinar.

Y veinte y tres hidalgos (¡oh! ¡qué hidalgos!)
Dijeron bajo santo juramento
Que de esta tierra espléndida el invento
No era obra del piloto genovés.
Y cual nublo ante el sol, ante esa nueva
Feneció mi ilusión: yo no dudaba
Del juramento entonces, ignoraba
Lo que puede en el hombre el interés.

Y el que dobló la dimensión del orbe,
El que, solo, luchó contra la Europa,
El que, por fuerza, la cobarde tropa
Trajo de España hasta la verde Haití,
Ese vio por perjuros y escribanos
En pocos pliegos de papel escrito
Disipada su gloria ante un delito
En que yo actor involuntario fui.

Y ¡oh vergüenza! esos actos oprobiosos
De ingratitud flagrante y cobardía
Los inspiraba el Rey, los protegía
Con una vil y sórdida intención.
Romper quiso el tratado concluido
Con su gran bienhechor, y como España
Pudo oponerse á ingratitud tamaña
Hizo á España enemiga de Colón.

Su rey, para robarle impunemente,
Enajenarle nuestro afecto quiso
A un crimen otro crimen fue preciso,
Pero el segundo crimen fue mayor.

Colón había visto con desprecio
Del mundo entero acumulado el oro;
Mas murió de dolor cuando el tesoro
Pretendieron robarle de su honor.

Aquella vil calumnia y á otras muchas
Yo, y otros de mi edad, de ecos servimos
Hijos de España, al genovés hicimos
Una guerra crüel y popular.
¿Quién me hubiera predicho que más tarde
La calumnia á mi padre alcanzaría,
Y que la envidia que á Colón hería
Sería matadora de Gaspar?

.....
.....

¡Perdón te pido, gigantesco mártir!
Si un momento dudé de tu inocencia;
Mi tierna juventud, mi inexperiencia,
Ante tu genio mi disculpa son.
Unido al grito universal, es cierto,
Seguí de todo un pueblo el extravío,
¡Ay! y asociado al delincuente impío
Fui en tu martirio cómplice, ¡Colón!

Pero sigamos. De mi padre adusto
Seguí las huellas de entusiasmo lleno.
La dura liza, del cañón el trueno,
Fueron mi diversión y mi placer.
La guerra fue mi Dios. Nunca la frente
He humillado á los pies de la belleza;
Nunca olvidé mi natural rudeza
Por alcanzar favor de la mujer.

¡No conozco el amor! Seguir del padre
La mirada de fuego y el acento,
Adivinar su excelso pensamiento
Y sus severas órdenes cumplir;
Seguir entre el tumulto del combate,
Como al león el cachorro, al padre amado
Verle, admirarle, estar siempre á su lado,
¡Eso sí que era para mí *vivir!*

Yo contemplaba en éxtasis sus ojos,
Que en rayos el peligro convertía,
Y entre el polvo y la grita distinguía

De su voz hueca el eco atronador.
Cuando como huracán él arrasaba
La opuesta innumerable muchedumbre,
Era mi norte el lampo de la lumbre
Que esparcía su acero en derredor.

¡Le adoraba! Su pecho generoso
Fue muchas veces á mi vida escudo
Sí; siempre, siempre en el combate rudo,
A quien herirme quiso, él muerte dio.
Sólo al valiente por puntillo hería;
Mas nadie al golpe de su brazo fuerte
Pudo jamás librarse de la muerte
Cuando ese brazo sin piedad cayó.

Pronto á los altos grados militares
Le hizo elevar su victorioso acero;
Primero en armas y en virtud primero,
Fue la gloria del trono y su sostén.
Su cuerpo era flexible y vigoroso,
Recta su boca, su mirada llena,
Flotaba espesa en rizos su melena,
Como la del león, sobre su sien.

Y tu misma sarcástica sonrisa
Tuvo mi padre. En tu mejilla izquierda
Hay también un lunar que me recuerda
En la suya una idéntica señal.
Fue su nariz de halcón como la tuya...
¡Qué semejanza! la estatura... el cuello...
¡Todo! Hasta en tu mirada hay un destello
De dominio, del ojo paternal.
¡Oh! ¡déjame olvidar entre tus brazos
Un instante su muerte! - Enmudecido,
Por un momento se fingió el olvido,
(Que fingirse el placer es un placer);
Y de la luna el rayo postrimero
Iluminó la fraternal escena
Breve eslabón robado á la cadena
Inmensa del humano padecer.
Álvaro continuó:

ALVARO.

Mi pobre padre

Era sencillo, generoso, abierto
Jamás su albergue se encontró desierto,
Porque en él se iba el pobre á refugiar.
Y como muchos míseros había
Y teníanlo todos como amigo,
Era muy popular, y daba abrigo
Y pan á todos su modesto hogar.

El simple y oprimido americano
Respetaba á mi padre, le quería;
Y sin otra razón, le suponía
En oro rico el ávido español...
¿Te inmutas? ¡Oye!... al español detesto,
Aunque lo soy, Gonzalo. ¡No es delito
Que odie á sus compatriotas el proscrito
A quien niegan la luz del patrio sol!

¡Déjame hablar! Mi padre en la opulencia
Veía sólo la insufrible carga,
El vil estorbo que la vida amarga,
Enerva al héroe, enferma su virtud.
Y así nada tenía, hermano, nada;
Que por orgullo sobrio y por costumbre,
El agua pura, la frugal legumbre
Guardaban su robusta senectud.

Hora ya le conoces. Pues á ese hombre
Poseedor de tesoros le creyeron,
Y luego le acusaron, le prendieron,
Prestándole proyectos de ambición.
La codicia á matarle preparóse,
La envidia á calumniarle; y corrompidos
De mi padre los mismos protegidos
Dieron la convenida delación.

¡Por Dios y por su honor! Esos perjuros
Junto en una cámara trataron,
Y allí se convinieron y ensayaron
Para dar testimonio contra él.
Y el que había vencido mil legiones,
Vítima de una intriga meditada
Vio manchado su honor, rota su espada
Contra unos pocos pliegos de papel.

Diéronle defensor, y él dijo: - Inútil
Fue siempre defenderá la inocencia

Y más cuando está escrita la sentencia
Antes que el reo sumariado esté. –
Luego, para que de algo se acusase,
Pusiéronle al tormento muchas veces,
Pero él por toda réplica á sus jueces
Dijo : - ¡Yo sé morir, mentir no sé! –

Su altivez los hirió. Fue condenado;
Le aconsejaron que pidiese gracia,
Pero él inalterable en la desgracia
Preguntóles tranquilo: - ¡Gracia! ¿á quién?
- Al Rey - le contestaron. - ¿Qué derecho
Tiene el Rey sobre mí? Soy inocente;
Otorgo mi perdón al delincuente
Que me asesina - dijo con desdén.

Fui hasta entonces leal. Mas cuando al hombre
Más valiente y veraz vi calumniado,
-¿De qué sirve -me dije- ser honrado?
¿Qué valen la honradez y la lealtad?
Don Gaspar y Colón fueron leales;
¿No triunfó de ellos siempre la mentira?
¿No puede más el crimen que conspira,
Que la sencilla y débil probidad?

¿A qué, pues, ser leal? Esos malvados
Con el foro y la ley sólo especulan.
Si ellos giran libranzas y calculan
Con tinta, yo con sangre pagaré.
El mundo es del que vence. Hay dos caminos
Que llevan al poder: -la hipocresía;
De ese soy incapaz; mas la otra vía
Se corta con la espada - ¡la abriré!

El día en que Gaspar fue condenado
A muerte en nombre del Señor de España,
Me fui solo á llorar en mi cabaña,
Nuestra pobre y modesta habitación.
Allí se presentaron sus verdugos
Armados á pedirme su tesoro
Con sólo verlos se secó mi lloro
Al fuego de una justa indignación.

Y tomando su espada - Ésta - les dije –
Fue de mi padre la única riqueza. –
Uno quiso tomarla, y la cabeza

Le bajé al suelo del primer revés.
Pretendieron prenderme; defendíme.
Diez eran ellos: todos me atacaron,
Y uno en pos de otro todos diez quedaron
Exánimes tendidos á mis pies.

Y volé á la prisión. Mas nuestro padre
Estaba muerto ya... Y abandonado
Y huérfano en el mundo yo he quedado...
Él era todo para mí... ¡murió!
¡Murió! ¡ Y el asesino vive, impera,
Y castiga, y perdona!... Su tesoro
Poco les servirá, que en vez de oro
Dieron con esta espada - ¡esto dejó! –

Al decir las dos últimas palabras
Álvar la firme diestra llevó al pecho;
Luego el acero por el puño estrecho
Sacó del forro y le empezó á vibrar,
Diciendo: - He aquí el tesoro que mi padre
Le dejó por legado á la Corona;
El gran Rey que castiga y que perdona
Aquí tiene el tesoro de Gaspar.

- ¿Y á qué intento destinas esa espada? -
Interrumpió Gonzalo. - Al exterminio.
- ¿A dónde te encaminas? - Al dominio.
- ¿Qué buscas, infeliz? - ¡Trono ó baldón!
- ¡Oh! no, por Dios, ¡no cubras nuestro nombre,
Hermano, de baldón! - ¡Hermano ingrato!
Eres de nuestro padre infiel retrato
¡Tienes la faz, te falta el corazón!

- ¡No, no me falta el corazón, por Cristo!
¿Quién deshonoró á mi padre? ¿Muchos fueron?
¡Pues á cuantos el crimen cometieron
En lid abierta yo los mataré!
- Fácil es prometer... - Yo no prometo
Lo que cumplir no quiero. - En la promesa
No es querer, es poder lo que interesa.
-¿Qué? ¿Dudas de mi brazo ó de mi fe?

De mi brazo tal vez... - Aquí Gonzalo
Dejó de ser, cual de costumbre, humano,
Porque vio con desdén al fuerte hermano
Y con sarcasmo amargo se rió.

Notólo el otro, y con la mano amiga
Acarició del joven la alta frente,
Y le dijo: -Sí, hermano; sí es valiente
El noble brazo que al de Álvaro rindió.

Escúchame. Yo te amo, hermano mío
Hay en ti algún misterio que fascina;
Tu voz conmueve, tu mirar domina,
Te reconozco superior á mí.
Mas guarda tu sardónica sonrisa;
¡No me atormentes! Si otro tal hiciera,
Por Dios, que de reír se arrepintiera,
Y lo tolero, sin embargo, en ti...

¡Ah! yo no me conozco... Te pareces
Tanto á mi padre, tanto, que me siento
Estremecido al escuchar tu acento,
No sé si... de placer... o de dolor. ¡Hermano!
- ¡Hermano! - Y simultáneamente
Ambos correr las lágrimas dejaron,
Aunque ambos por orgullo se ocultaron
El noble llanto de filial amor.

Luego dijo Gonzalo: - Álvaro, la guerra
No daña á los perversos: su venganza
Al, pobre, al inocente sólo alcanza,
Mientras de ella se burla el criminal.
¿Al huérfano, á la viuda, y al anciano,
Y á la plebe infeliz castigaremos,
Y sin discernimiento mataremos
Dejando libre y sin castigo el mal?...

¿Esa es justicia, hermano?

ALVARO.

- ¡Esa es justicia!
¡Yo soy hijo y soy súbdito: un delito
Me privó de mi padre, y fue maldito
El pueblo que lo quiso consentir.
Verdugos fueron jueces y testigos;
Mas cuantos el delito permitieron
A par de los verdugos delinquieron,
Y deben por sus crímenes morir!

¡Morir! Que el juez responda por sus hechos,
Y por el juez responda el pueblo todo
Es ley inexorable. De este modo
La pública. justicia entiendo yo
Si el juez tuerce las leyes, la venganza
Se sustituye al juez, y la anarquía
Azotar debe á la nación impía
Que la infame opresión autorizó.

La autoridad, cuando en su nombre imperan
La envidia vil y la cobarde intriga,
Es un mal, no es un bien: es la enemiga
Del hombre, y él la debe derrocar.
Contra los fuertes se inventó el gobierno
Para dar protección al desvalido
Contra el malvado aleve y atrevido,
Para dejar al bueno descansar.

Mas ¿quién se atreve á sostener que el hombre;
Renunciase á su dulce independencia
Para entregar la cándida inocencia
Al perjurio, al falsario, al impostor?
Más vale la elevada tiranía
Que ejercen los valientes con la espada,
Que esta coyunda vil que nos degrada
Haciendo al más cobarde el opresor.

«¿Quién es el asesino de mi padre?
Me acabas de decir: «si muchos fueron
Los que el crimen cobarde cometieron,
En lid abierta yo los mataré.»
Pues España, su rey y sus tenientes,
La sociedad entera degradada,
Aquella informe máquina, gastada
Ya por el uso, el asesino fue.

A destruirla vamos, y otra nueva
Sobre cimientos sólidos alcemos,
Y en este mundo virgen levantemos
Un monumento á la filial piedad.
Apartemos la vista y pensamiento
De ese mundo caduco y de sus reyes,
Cuyos bárbaros hábitos y leyes
Envilecen la triste humanidad.

Erijamos un trono á la justicia

Con los escombros del imperio hispano,
En este mundo nuevo colombiano,
Viva fuente de gloria y de poder.
¡Ven! ¡derribemos fábrica de oprobio!
¡Ven! ¡ayuda á tu hermano y á tu amigo!
Y un mismo trono ocuparás conmigo
Después que hayas cumplido tu deber.

¡Ven! Los jueces no lidian. Esas hienas
Togadas, sólo con la pluma tratan.
Cuando ellos nos deshonran y nos matan
Es porque está á cubierto su maldad,
Los jueces son invulnerables. Ellos
No tienen quien los hiera ni los veje;
Si el malo los corrompe y los protege,..
Los tolera la imbécil sociedad.

¡Ven, ven, hermano! La virtud vencida
Mísera y pobre por la tierra vaga,
Mientras el mundo en su abyección halagas
Premia y corona al crimen vencedor.
A la espada apelemos como todos
Los que han vencido imperios, y ante el trono
Vendrán á arrodillarse sin encono
Los mismos que hoy maldicen al Traidor.

El poder es justicia. Sí, es preciso
Que hoy le deje un rótulo á la historia,
Que le cambie y le dore la victoria;
Rey, no *Traidor*, don Álvaro será.
Los que hoy llaman perverso al que conspira,
Santo al que venza llamarán mañana,
Y entre el oro y el nácar y la grana
El crimen en virtud se trocará.

Porque ante el brillo y majestad del trono
Se ocultan los delitos: cuantos fueron
Monarcas al principio, lo debieron
A su fortuna, audacia y ambición.
Y seremos como ellos, y fundando
Un reino unido, poderoso y grande,
No habrá, en el orbe, rey que nos demande
Homenaje de amor y admiración.

¡Ven, pues, hermano, ven! - Y con la diestra
De su campo mostrábale el camino. -

Desde allí se castiga al asesino;
- Ven, pues, conmigo, á castigarlos; ¡ven! -
Y de su ojo entusiasta parte un lampo
De viva luz que el rostro le ilumina
Es su actitud la de ángel que domina
Al proscrito en las puertas del Edén.

Habló Álvar, y á su campo dirigióse,
Pensando que su hermano le seguía;
Mas al verle quedar, en furia impía
Trocó todo su afecto, y preguntó:
- ¿Vienes, o no? - ¡No voy! - Pues desde ahora
Yo reniego de ti, no soy tu hermano;
No; que tú eres el cómplice inhumano
Del asesino que á tu padre hirió.

¡Quédate, pues, con él; presta tu brazo
Al vil traidor, al bárbaro verdugo;
Besa sus pies, inclínate á su yugo;
Defiende todo cuanto ataco yo!
¡Y que la sombra de mí-padre se alce
De su sepulcro, cárdena y sangrienta,
Y al hijo vil que consintió en su afrenta
Siempre sus ayes maldiciendo estén!

¡Ó eterna unión, ó división eterna!
¡Ó alianza fraternal, ó guerra á muerte!
¡ Eh ! ¡decide tú mismo de tu suerte!
Mi postrera palabra es ésta : ¡Ven! -
En la mano convulsa sostenida
Tiene Gonzalo la espaciosa frente.
Cual si agobiara el pensamiento ardiente
La mente con su peso abrumador.

Fijos los ojos en el verde suelo,
Sin ver y sin sentir, está ocupado
Revolviendo en el cerebro abrasado
Del hermano el discurso aterrador.
Y meditó un instante. Luego alzando.
La noble frente sobre el cuerpo enhiesto,
Hace brillar en su ademán y gesto
Imponente y severa majestad.

De pie y erguido, en sus radiantes ojos
Dilátase la cóncava pupila,
La frente ostenta cándida, tranquila,

Mientras fulmina el labio la verdad.

GONZALO.

-¿Y hacia dónde he de ir? ¿Quieres llevarme
Á aquel reducto en que descansa ahora
La soñada potencia, protectora
De tu delito horrendo y tu poder?
¡Bien! supongo; ya estoy entre los tuyos.
O vences o sucumbes en la lucha
¿Estás vencido? Pues la voz escucha
Del mundo, que maldice hasta tu ser.

¿Estás triunfante? Pues el brazo fuerte
Extiende, manda, recompensa, ordena;
Castiga, si lo puedes; ¡doma, enfrena
Aquella turba que á tus pies está!
La turba de sacrílegos bandidos
Que al resplandor de la incendiaria tea,
En salvaje algazara se recrea
Con esa sangre en que embriagada va...

¡Tú levantar á la justicia un trono!
¡Tú vindicando el filial cariño!
¡Tú que en la sangre de inocente niño
Has empapado tu puñal, crüel!
¡Tú que la Plata en báquica alegría
Diste al cuchillo y á voraces llamas;
Tú vengador del hombre te proclamas,
Tú que eres un azote para él!

Di, ¿qué tienen que ver tus bandoleros
Con la venganza que Gaspar reclame?
¿Es por ventura el asesino infame
El que debe á mi padre vindicar?
¡Pues yo te digo que Gaspar reniega
De la venganza bárbara, infelice!
Y desde el cielo, donde está, maldice
Al que intenta su nombre profanar.

Y yo te digo que quien busca ayuda
Para vengar á un padre calumniado,
Ya degenera del valor fiado
Por padre á hijo, de uno en otro Oyón;
Y que si el noble hidalgo en este finge
Se levantará de su tumba fría,

Sobre tu crimen, Álvaro, echaría
Su justa, abrumadora maldición.

¿No tuvo padre el inocente infante
Que asaste en el incendio? ¿No tenía
Hijos el magistrado que tu impía
Mano de un golpe y sin razón mató?
¿Conque la humanidad es tu juguete?
¿Conque es tu diversión el sacrilegio?
Tienes de amar al padre privilegio
Tú solo... ¡y ya, por ser tu hermano, yo!

¡Torna la vista, Álvaro! ¡Mira tus huellas!
!Oh! donde quiera que posó tu planta
Hay sangre y duelo... Tu grandeza espanta;
¡Estremecen tu nombre y tu poder!
¿Qué hay en tu campo, Álvaro? Sólo asesinos,
Y antropófagos bárbaros, sedientos
De sangre. ¿Y éstos son los elementos
Con que va la virtud á renacer?

Dame hechos, no palabras. Tus delitos
Están contradiciendo la mentira
De esa elocuencia que á tu labio inspira
Un instinto perverso y seductor.
Dame hechos, no palabras. Con traidores
No se lava el honor amancillado,
Ni se reforma el hombre, Tú inmolado
Serás de esos malvados al furor.

Mientras la destrucción rija tu brazo,
Aquella turba vil que se divierte
En medio del incendio y de la muerte
Tendrá tu genio y tu poder por ley.
Mas si quieres fundar, si buscas puerto
Para escapar al piélago infinito
De la maldad, el hijo del delito
A su interés inmolará su rey.

Roto el encanto que sujeta al hombre
Al poder que por hábito venera,
En multitud sin freno y altanera
Todos ya tras el cetro correrán.
Cual tú, querrán ser reyes, y en perpetua
Sucesión opresores a opresores,
Y traidores infames á traidores,

Y á bajezas, bajezas seguirán.

¡Por medios tales elevar pretendes
Con los escombros del imperio hispano
En este mundo nuevo americano
A la justicia espléndido dosel!
¡Sí, el traidor de lealtad dará lecciones,
De lástima y piedad, el asesino,
Y del derecho enseñará el camino
El bandolero bárbaro y cruel!

¡Quien degüella á los párvulos; su ofrenda
De piedad y de amor enviará al cielo;
Quien profana el altar, dará consuelo
Al trémulo ministro del altar!
¡Y así tu sociedad regenerada
Y llena de virtud y bienandanza,
Dejará satisfecha tu esperanza
Y honrada la memoria de Gaspar !

¡Bien! Álvaro, ¡muy bien! ¡Tus forajidos
Van á hacer de la tierra un nuevo cielo;
Tu nueva sociedad será modelo
La escuela es nueva, santa la lección!...
¡No! Jamás el delito regenera;
Que está en el cielo y en la tierra escrito,
¡Ay! ¡que el delito engendrará delito,
La infamia, infamia, la traición, traición!

Y aunque logres vencernos, nunca, hermano,
Conocerás la paz ni la ventura
Dolor interminable, honda amargura
Tus hechos y doctrinas brotarán.
Los que á vencer por interés te ayuden
También por interés te harán la guerra,
Y aspirando al dominio de la tierra,
Como calculas tú, calcularán.

Y se equivocarán, cual se equivoca
El hombre siempre en su opinión falible;
Y en desorden satánico y horrible,
La ambición empujando á la ambición,
A la envidia, la envidia, el lucro, al lucro,
Y el egoísmo torpe al egoísmo,
La sociedad sin fe, sin patriotismo,
Hervirá en loca, eterna confusión,

En caos espantoso, donde el crimen
Con que pretendes dominar el mundo,
Será tan sólo en crímenes fecundo,
Tanto que de tus obras temblarás.
Y en lugar de juntarse, separados
Los pueblos por la fuerza del delito,
Cada cual contra ti lanzará el grito
Que con tu ejemplo autorizado habrás.

Y en lugar de virtud, el crimen sólo
Del crimen que le engendra renaciendo,
En perpetua cadena irá prendiendo
Al delito, el delito, al mal, el mal.
Y en lugar de riqueza, la miseria
Será sombra del crimen y su precio,
Y, en lugar de poder, tendrá el desprecio
Del universo el pueblo criminal.

¡Apóstol del terror! Sueñas en vano
¡Ay! has de verte debelado, herido
Por el mismo sacrílego bandido
Que tu mano al delito acostumbró.
Escorpión que la prole maldecida
Del crudo seno arroja emponzoñado
Para ser por la prole devorado
A quien la vida y la ponzoña dio.

Tal eres tú. No pienses que á la lumbre
De sacrílega espada parricida
Cobre vigor la sociedad herida;
Al vicio le corrige la virtud
La virtud, que redime y no esclaviza,
Que resiste con Fabio y con Leonidas,
Que eleva á las naciones abatidas
Con Sócrates muriendo y con Jesús.

ALVARO.

Aguarda... ¿Qué es virtud?

GONZALO.

- El sacrificio
Del yo por lo demás: el santo olvido
Que hace del hombre calumniado, herido;

Un héroe en el amor y en el perdón.

ALVARO.

- ¿Y qué gana con eso?

GONZALO,

- Hacer la dicha

De todas las naciones, que se extiende
Como el ejemplo se propaga, y prende
El bien de corazón en corazón...
¡Ser mártir y hacer bien! ¡Tal es la santa
Ley del linaje humano redentora:

Imitar la paciencia bienhechora
Del que bajó á morir por la verdad.
Eso es virtud: el interés no dicta
De su alto ministerio el ejercicio;
Ella se da á sí misma en sacrificio
Y muere por salvar la humanidad.

¡Oh, España! Si en las aras de tu gloria
Nuestras viles pasiones deponemos,
Al bien del Rey y al nuestro atenderemos
Llenando con lealtad nuestro deber.
Así la noble inspiración siguiendo
Con que la fe nos liga á la palabra,
La mutua dicha el patriotismo labra
Y así de la virtud nace el poder.

ALVARO

- ¡Y aun veneras al Rey!

GONZALO

Sí, le venero
Como útil y benéfica barrera
Ante la cual se estrella en su carrera,
Para bien de mi Patria, la ambición.
Quítala - y tu derecho y mi derecho,
Y el derecho de todos es el mismo;
La única ley, la ley del egoísmo,
Y el estado normal, la rebelión.

ALVARO.

- ¿Y quién premia el dolor de los leales
Que sufren como tú?

GONZALO.

- Dios

ALVARO.

- Del Dios dudo
Que abismado en su gloria, inerte, mudo,
Deja precipitar la humanidad
De delito en delito desbocada,
De servidumbre en servidumbre ciega,
O de la duda en sempiterna brega,
Siempre de tempestad en tempestad.

¡Dios! ¡Religión! ¡Deber! De esos fantasmas
Siervos son tus imbéciles hermanos;
Siempre, para oprimirlos, sus tiranos
Invocan Religión, Dios y Deber.
¡Y es *deber* perdonar al asesino,
Besar la mano al déspota sangriento,
Y humillarse cobarde ante la afrenta,
Y sufrir el baldón, y perecer!

¡Perecer calumniado! ¡Y en la tumba,
Aquel postrero y misterioso asilo
Donde el delito mismo está tranquilo,
Aun no encontrar de la ignominia el fin!
Sobre el frío sepulcro del anciano
Que fue mi padre, la deshonra vive,
Y me rechaza, ó en mi frente inscribe
La marca odiosa que llevó Caín.

Si sufrirlo es deber, ¡venga el delito!...
¿Cuál puede ser el medio reprobado,
Si es un triunfo feliz el resultado,
Y si ese triunfo la ventura da?
El bandido y el bárbaro destruyen,
Y quien la libertad busca y promete,
Tiene que usar el destructivo ariete
Que al fiero despotismo aterrará.

Deja, ¡oh Gonzalo! escrúpulos indignos
De tu elevada mente y fuerte brazo;
¡Vence! De la Victoria en el regazo
Hasta los Huilas te verán lucir.
Eres único estorbo en mi camino
Une tu brazo al mío, y triunfaremos,
Y pueblos y cronistas formaremos,
Prontos á creer y prontos á mentir.

La humanidad es vil, Gonzalo: el hombre
Sólo admira lo próspera fortuna,
La riqueza, el poder... virtud ninguna
Alcanza compasión, si es infeliz.
Que venga el antropófago, y entonces
Ya su respeto el hambre no rehúsa;
Con la victoria la maldad excusó,
E inclina ante la fuerza la cerviz.

GONZALO.

- ¡Oh, piedad! ¡Tus doctrinas estremecen!

ALVARO.

- Y la muerte de un padre.

GONZALO.

- Te comprendo;
Pero yo no lo vengo ni definiendo
Con que nos manche un crimen á los dos.
Con eso su deshonor crecería,
Y viera España con los ojos fijos
En los tristes delitos de sus hijos
Más que la ley, ¡la maldición de Dios!

ALVARO.

- Venzamos; y el poder nos hará santos.
El mundo teme al que el peligro arrostra
Y vence.

GONZALO.

¡Ay, sí! ¡La humanidad se postra
A adorar el poder, no la virtud!

Sé que al brillo del oro, y al reflejó
De la grandeza múdanse los hombres;
Y á los delitos dan brillantes nombres
Que engañan á la imbécil multitud.

Porque todo es mentira acá en la tierra
Nos miente la criatura á quien amamos,
Miéntennos los objetos que miramos,
Nos miente y nos engaña el corazón.
Miéntenos la esperanza que nos guía,
Nos miente la lisonja y nos asecha,
Miéntenos la venganza, aun satisfecha,
Nos miente, aun victoriosa, la ambición.

Y aunque todo es hipócrita mentira,
Y todos la mentira conozcamos,
¡Ay! todos la mentira cortejamos,
Por amor - por rencor - por vanidad.
Sólo la Fe se opone á la mentira
Cuando mintiendo el mundo nos aflige
Ella sola nos alza y nos dirige
A Dios, única fuente de verdad.

Fue la Fe santa quien habló á mi padre
Cuando, ya al perecer, siendo inocente,
Prodigó generoso al delincuente
El tesoro cristiano del perdón.
Ella fue la que viendo perseguido
Y encadenado al mártir de los reyes,
Inspiróle respeto por sus leyes
É hizo un héroe cristiano de Colón:

Con tan nobles ejemplos ¿qué me importa
Que el hombre adule al vencedor presente,
Si el hombre en su odio y su alabanza miente
Según se lo aconseja el interés?
El poder no es justicia, aunque los hombres
Al vencedor adulen. Yo no quiero
Más favor que el de Dios, y sólo espero
Tener á Dios de amigo, á Dios por juez.

Quiero la libertad entre los hierros
Que el mismo Dios solivia y aligera,
No la dorada esclavitud que impera
Rodeada de pompa y vanidad.
Los que sirven al mundo, y se apasionan

Del funesto oropel de su alabanza,
Siguen también del mundo la mudanza
Y malos son si él premia la maldad.

Los que sirven á Dios, en sus verdugos,
En la calumnia vil y sus furores
Ven ignorancia, ceguera, errores,
Que inspiran, no venganza, compasión.
Vale más arrastrar una cadena
Impuesta por la intriga y el delito,
Vale más con Colón andar proscrito,
Que dictar á dos mundos nuestra ley.

So el peso de los grillos duerme y sueña
El justo en libertad: tras la cortina
De púrpura del trono, está la espina
Que oprime y punza el corazón del rey.
Buscando á Dios, con libertad al cielo
Se encumbra nuestro espíritu sublime,
Y del delito que á la tierra oprime
Ve con noble desdén la presunción.

Y ante ese Dios cuya piedad imploro,
Sometido á su ley y á su doctrina,
Don Álvaro, mi espíritu se inclina
Anegado en deleite y gratitud.
Ama á tus padres, dice Dios; los amo:
Obedece á tu rey, y le obedezco;
Perdona al que te ofende; y paz le ofrezco,
Y rindo vasallaje á la virtud.

Es la tierra que vio mecer mi cuna,
Sagrada para mí. Tu injusta saña
Ofenda sola á nuestra patria España,
Y de alterar mi fe cese tu afán.
¡Mira esta mano: ¡la señal del crimen
No la ha manchado! ¡Es digna de mi padre;
Digna de sostener á aquella madre
A quien tus tristes hechos matarán!

Pero tú no la amas, ni te importa
¡Ay! agravar su mísero destino
De esa madre infeliz el asesino
Tú serás, y baldón de su vejez.

ALVARO.

- ¡No, por piedad!... -

Y el hombre empedernido
Sobre la hierba se postró de hinojos,
Y volvió al cielo los llorosos ojos
Y pensó en Dios por la primera vez.

ALVARO.

- Dime que vive aún, y que recuerda
A este infeliz... ¡Mi madre! ¡Mi María!
Por ahorrarle una lágrima yo haría
Cuanto exigiese en su viudez de mí.
Fue de Gaspar la heroica compañera,
Y yo en el campo, del cañón al trueno,
Al desprenderme del materno seno,
Miré la luz y el atambor oí.

Ella por mi velaba; ella en sus brazos
Mi zozobrada infancia protegía
Del sol abrasador, del aura fría,
Del hambre, del cansancio, de la sed.
Y ayudábame tierna, ora arrojando
La bola grave sobre el verde prado,
O ya tendiendo al colorín pintado
Entre las ramas la encubierta red.

GONZALO

- Ahora reconozco, amado hermano,
Al hijo de Gaspar y de María;
Sábelo, pues: la anciana en su agonía
Al mar se entrega, y se dirige aquí.
Ya la llama el sepulcro... ¡Oh! ¡no dejemos
De recibir su bendición postrera!
¿Querrás, Álvaro, que consolada muera?
Dime, ¿querrás que le bendiga?

ALVARO.

- Si.

CUADRO DÉCIMO CUARTO

EL ESPECTRO.

Es lóbrega la noche: nublo oscuro
De lluvias y relámpagos preñado
Parece haber el mundo sepultado
En abismo de espanto y soledad.
De mi bridón el cuello generoso
Percibo solamente, y el chillido
Por búho misterioso despedido
Al lanzarse en la triste oscuridad.

Los árboles, las piedras y las nubes
Cual temibles fantasmas se presentan,
Y sus formas grotescas me amedrentan,
Y temo al sitio no llegar jamás.
Ya sujeto al corcel y ya le animo,
Y lo tengo otra vez, porque me espanta
En tierra al asentar la recia planta,
Y vuelvo á ver si alguno viene atrás.

¿Esto senda será, camino aquello?
A cada parte el alazán dirijo,
Y en ninguna persisto ni me fijo,
Y no sé á dónde ni por dónde voy.
Incierto vago por la gran llanura
Que del Quindío cierra la montaña
Y manso el Cauca con sus aguas baña,
Pero no sé ni en qué paraje estoy.

La rápida y escasa luz del rayo
Sólo me muestra el agua cristalina
Que inunda la llanura y la domina
Y borra los caminos por doquier.
¡Y estoy yo solo! ¡Y nadie se presenta!
Vano el clamor, y vano el alarido;
Que al que en tal confusión se halla perdido
¡Sólo el ojo de Dios le puede ver!

Cánsome al fin: del duro peso alivio
A mi alazán, mi amigo y compañero;
Siéntome sobre un tronco, y aquí espero
Con ansia el sol que ha poco me hostigó;
Y en mis propias memorias embebido,
Entre las mil imágenes del sueño
De golpe vi la imagen de mi dueño,

Y extendí el brazo, y el fantasma huyó.

Llorando desperté; pero abrumada
El alma por contrarios pensamientos,
Para velar faltaron los alientos,
Y volvíme en el sueño á sepultar.
Entonces mil espectros se cruzaron
Ante mi vista, y uno de ellos era
Mayor que todos, y su faz más fiera,
Y ése en mi mal se pareció gozar.

Y se llegó do mi alazán estaba,
Y mirólo primero, y con la mano
Cerrada dióle un golpe á mi alazano,
Y derrumbó del golpe á mi corcel.
El infeliz á mí volvió los ojos
Cual para suplicar que le ayudara;
Mas yo, como si alguno me amarrara,
Sólo con gritos le ayudaba a él.

Y cuando ya angustiado le vela
Entre las duras ansias de la muerte,
Vi una mujer dolida de mi suerte
Llegar, y darle alivio á mi alazán.
Idolatréla, y en su rostro bello
El rostro conocí de mi adorada,
Y largo rato túvela abrazada,
De noble gratitud lleno y de afán.

Entre su dulce seno, confundido
Mucho tiempo me estuve sollozando
Esas formas amadas contemplando
Que fueron ya mi dicha y mi placer,
Su mano angelical me agasajaba,
Y por dolor mis lágrimas vertidas
En los hermosos labios recogidas
Fueron de aquella celestial mujer.

No fue, empero, durable mi consuelo;
Que de repente escucho un alarido,
Y veo entre mi seno sumergido
De mi adorada el rostro angelical;
Entreabierta la boca, las miradas
Fijas, dados al viento los cabellos,
Estúpidos están sus ojos bellos
Y ella cubierta de un sudor mortal.

Vuelvo á mirar la causa de mi espanto,
La descubro, y aférrome á mi amada,
Sin atreverme á echar otra mirada;
¡Tanto me asusto y sobrecojo yo!
Así permanecemos largo espacio,
Ella asida de mí, yo asido de ella,
Hasta que de valor una centella
El cielo en mí, de lástima, infundió.

Entonces pude hablar. Mi pensamiento
Siempre en mi dulce protectora fijo,
Más que por mí, por ella, me dirijo
Al gran fantasma con incierta voz.
Tiene el pecho de heridas lacerado,
De todas las heridas sangre vierte;
De la triste mujer temo la muerte
Cuando á ella torna su mirar feroz.

«¡Espectro horrible! ¡horrible! ¿Quién te envía?
Si te ofendí, ¡perdón!... ¡Ah! no, ¡detente!
Hieres al culpado, y dejas á la inocente;
Hiéreme á mí que sólo te ofendí.
Hiéreme á mí, que idolatrarla supe,
A mí, que su virtud he profanado...
Ella, ¡por Dios! en nada te ha faltado...
¡Descarga tu venganza sobre mí!»

Él por respuesta ordéname seguirle,
Y tras sí deja emponzoñada huella
De sangre, que las plantas me desuella,
Me despedaza, y llena de dolor.
Pero el crüel en mi dolor se goza,
Y me hace otra señal, yo le obedezco,
Hasta que al fin me rindo y desfallezco
Abrumado de angustia y de terror.

Ni pude hablarle; que mi pecho ronco
Rehúsa la expresión al pensamiento,
Y en vano quise huir de mi tormento
El ojo temeroso con cerrar.
Delante tengo el colosal fantasma,
En vano vuelvo la cabeza, en vano,
Y los ojos me cubra con la mano;
No, su imagen no puedo desechar.

Todo es hora silencio: el viento calla,
Y yo no oigo en el mundo otra ruido
Que el fuerte palpar no interrumpido
De mi pobre afligido corazón.
Ríese el crudo espectro de mi pena,
Y el eco de su horrible carcajada
Retumbar hace en torno la llanada
Cual hórrido estallido de cañón.

Y las dos manos, al reírse, cierra,
De rabia inmensa todo poseído,
Y en el lívido labio enfurecido
El diente agudo clava con furor.
Hiérole el labio el afilado diente,
Y de sangre cuajada gruesa gota
Gélida y negra de la herida brota,
Y él no hace ni un gesto de dolor.

Luego agarrando á la infeliz señora,
Arrástrala al lugar en que he caído
Y mándame sentar, y un alarido
Despide en su iracundo frenesí.
Y mírame el espectro de hito en hito,
Y arranca sus cabellos desgreñados,
Y con los duros brazos descarnados
Empuja la mujer cerca de mí.

Y luego en calma así prorrumpe - ¡Vamos!
Siéntate... allí... y abrázale... te quiere...
Ve, ¡pobrecita!.... Sí, por ti se muere...
Quiérela bien, y bésale, mujer.
¡Cuán dulce es el amor! También yo he amado
¿No? ¿no habré amado yo? ¿qué te parece?
Mírame bien... ¿Tu labio así enmudece?
Y con mi amor ¿qué tienes tú que hacer?

Dime, ¿no será dulce ser amado
Cuando uno ama? Y di, mujer infame,
¿Habrás jamás quien como yo te ame?
¿Habrás jamás quien sufra como yo?
Yo: á ti te idolatré; yo trabajaba
Por hacerte feliz... Y tú ¿qué has hecho?
¡Sembrar el crimen en mi noble pecho
Que Dios piadoso á la virtud formó!

Eras todo mi bien sobre la tierra;

Yo era feliz, el mundo me quería,
El Eterno en mi amor se complacía,
En el amor que á ti te profesé.
¡Yo era feliz! ¿También tú no lo fuiste?
¿No bendecía el cielo tus caricias?
¿Y tus hijitos, que eran mis delicias,
Di, no bastaron á afianzar tu fe?

- ¡Piedad, señor, piedad! Recuerda al menos
Que la vida de un padre... Yo le amaba...
Esposa me quisiste, fui tu esclava;
Tu sierva fui, pero tu amante ¡no!
¿Querías más? ¿Que el corazón te diera,
Cuando otro ya mi corazón tenía?
¡Oh! ¿y un tirano pretender podía
El sólo bien que el cielo me legó?

Por tiempo asaz en calabozo estrecho,
Blanco de tu odio y tu feroz venganza,
Mi anciano padre, mi última esperanza,
Al fin salió, pero salió á llorar.
Porque con sus angustias angustiada,
Mi madre en lecho de dolor yacía...
Tal vez el cielo en su piedad quería
Verla en sus tiernos brazos expirar.

Así entre el lloro del anciano esposo
Y el lloro amargo de su sola hija,
Mi madre, su alma en el Eterno fija,
Entre los brazos muere de los dos.
Duraba aún la luctuosa escena,
Cuando llegaste al chozo desolado
Donde el arcángel de la muerte airado
Ministro inexorable era de Dios.

Lleno de orgullo y de poder te muestras;
Burlas, señor, mi pena y mi amargura;
Me hablas, yo no respondo; y aun tu impura
Lengua tenaz me insulta en mi dolor.
Aquel santo dolor que me agobiaba
También te ofende: en orfandad gemía,
Y porque á mi orfandad sólo atendía
Te estremeces horrendo en tu furor.

Y á un anciano amenazas: á ese débil,
A ese infeliz, desventurado anciano,

Que hace temblar la vista del tirano,
Que no puede á su furia resistir.
Y él, que á su esposa en su desgracia llora,
Me lleva amedrentado al aposento
En que mi madre el postrimer aliento
A su Dios acababa de rendir.

Y allí, y ante la imagen prosternado
Cuya planta al morir besó mi madre,
Cógela, y dice: «¡Oh hija, salva al padre!
Y que de Éste el poder te salve á ti».
Y besó humildemente el Crucifijo,
Y contra el pecho lo estrechó el anciano,
Y con su mano trémula mi mano
Tomó, y helada y yerta la sentí.

Enjuagué yo su llanto, y de rodillas
Ante él y ante la imagen que invocaba,
Yo por salvarle me juré tu esclava,
Y fui tu esclava, mas tu amante ¡no!
Éste me amaba entonces, y yo le amaba,
Pero no le hablé más desde ese día,
No; que si algo mi llanto le decía,
Mi labio siempre en su dolor calló.

Yo te juré de Dios ante las aras
Tu esclava ser, y firme lo he cumplido
Testigo Dios de que tu esclava he sido;
Testigo Dios de que tu esclava soy.
¡Piedad, señor, del infeliz que llora!
Él nada pudo hacer... que... te ofendiera.
Culpable fuera yo, si culpa hubiera;
¡Pura me encuentras, inocente estoy!

- ¡Pura! ¡inocente! ¡la mujer que impía
Enfureció al esposo!... ¡Y está pura!
¡Maldecida mujer cuya hermosura
Inquietudes sembró en mi corazón!
¡Y cuánta iniquidad! Mis hijos eran
Y tus hijos también; y tú, señora,
Amaste á otro, y á otro amas ahora,
Y á mí no me otorgaste ni el perdón.

Sí, porque tú le preferiste á ellos
Eran hijos tan sólo, y yo era esposo;
Nuestra felicidad, nuestro reposo,

Con tal de amarle, poco te importó.
Y tuviste razón; ¡es tan gallardo!
¡Y ellos eran mis hijos, mi consuelo,
Y me los daba la piedad del cielo,
Y con razón su madre los odió!

Mas pregúntame ahora qué se han hecho
Yo los llevé allá arriba á las montañas;
Que eran fruto pensé de tus entrañas
Y los aborreció mi corazón.
En vano en sus caricias inocentes
Me quise complacer: todo era en vano;
Que el pensamiento crudo é inhumano
Al verlos, inflamaba mi pasión.

Y tú tienes la culpa. Si no hubiera
Yo de tu fe dudado, aquí estarían.
Pero ¡ay! que mientras ellos me reían
Parecíanme fruto de otro amor.
Y sucedió una tarde que, llevando
En brazos al menor de mis hijitos,
Los otros dos me echaron los bracitos
Como sobrecogidos de temor.

Volviendo á ver noté que una serpiente
Iba jugueteando por el prado,
Y entonces el mayor todo asustado,
«¡Ay!» gritaba: «¡defiéndeme, papá!»
Y yo no le atendí, y él se echó encima
De la serpiente, y la cogió en la mano;
Hincóle el diente el animal tirano,
Y él ya sólo gritó: «¡Mamá, mamá!»

Y tú, dura mujer, tú no escuchabas
Los clamores que un hijo despedía;
Y la que él invocaba yo sabía
Que se gozaba en verme padecer.
Sin poder dar alivio al inocente
Le hice comer las hierbas que encontraba,
Y él á la madre siempre preguntaba,
¡Y amaba á otro la infernal mujer!

Mi pobre hijo murió. Yo enfurecido
Ya no vi, no sentí, no me movía,
Como una piedra en mi aflicción me hundía,
Sin gemir, sin llorar, sin respirar.

¡Ay! al tornar en mí vilos á todos
Muertos, fétidos ya, despedazados
Sus miembros por el suelo dispersados,
Y su sangre en las rocas relumbrar.

Me estremecí: la vista oscurecida
A cubrir fui con mano acelerada,
Y al retirarla la noté manchada,
Sucia de sangre ¡oh Dios! mi mano vi.
Y mis ojos del miedo se cerraron,
De ellos huyó la sanguinaria mano,
¡Y de mis hijos el verdugo insano
En mí mismo, mujer, reconocí.

Yo mismo los maté; yo fui, yo propio,
De mi estirpe inocente el asesino,
Y aun al dolor la altiva frente inclino,
Aun venzo y sobrevivo á mi aflicción.
Yo los así en un rapto de locura,
Yo los despedacé contra las peñas...
Y ya, mujer, no quedan ni las señas
De nuestra siempre maldecida unión.

¡Yo los maté, yo!... ¡Carlos! ¡Sinforoso!
¡Pepe, hijo del alma idolatrado!
¡Pepe mío, infelice cuanto amado,
La vida te robó tu genitor!
¡Pepe querido! ¡Sinforoso! ¡Carlos!
Carlos mordido fue de la serpiente,
Y á Sinforoso tierno é inocente
Muerte le dio mi mano... ¡Horror! ¡horror!

Y murieron los tres... Yo no los hallo...
¿Vivirán? ¡Oh Dios mío! ¡qué se han hecho!
¿En dónde están los hijos de mi pecho?
Tan amados... tan lindos... ¿Dónde están?
¡Mujer! ¡mi bien! ¡señora!... No responde
¡Mira! ¡responde!... Ya también se ha muerto.
¡Alza! ¡despierta!... Está el cadáver yerto.
¡Oh, si hasta mis palabras matarán!

- La mató tu venganza abominada.
Mira, mírala allí; que allí está ella
La madre de tus hijos es aquella
Que exánime por ti delante ves. -
Dije, y no pude más, porque tremendo

Descarga sobre mí la dura mano;
Pero salta brioso mi alazano,
Y, el golpe al recibir, muere á mis pies.

Quiso Dios que yo entonces despertase
Y que el velo fatal se rasgue ahora
¡Ay infeliz del que á mujer adora
Que á otro el Eterno en sus decretos dio!
¡Ay infeliz del que á piedad movido
Llama de amor antiguo resucita!
¡Ay infeliz del pecho que palpita
Por un bien que la suerte le robó!